

ELENA CAMACHO ROZAS  
EL CAMARERO DE  
EL GATO QUE LADRA



  
Ediciones  
Alféizar

HOJA NEGRA

EL CAMARERO DE  
EL GATO QUE LADRA

Elena Camacho Rozas



Ediciones  
Alféizar

© 2020  
Editado por Ediciones Alféizar  
C/ Joan Carles I - 41  
46715 - Alquería de la Condesa - Valencia - España

Autor cubierta: Enrico Pitton

Teléfono: 34 644 524 524  
Email: [info@edicionesalfeizar.com](mailto:info@edicionesalfeizar.com)  
Web editorial: [www.edicionesalfeizar.es](http://www.edicionesalfeizar.es)

*A Alicia y Laura, la razón de mi vida y de mis inquietudes, mi móvil para seguir descubriendo lo que ignoro y para intentar ser mejor persona cada día.*

**Domingo 22-6-14**

Subí al cabrete con la intención de cambiar mi camisa de cuadros por la blanca, y la chupa de cuero por la chaquetilla negra que junto al pantalón a juego, de caduco estilo, componían mi uniforme de guerra. Me había puesto esa mañana una corbata negra, la que compré para el entierro de mi abuela, con el fin de ahorrarme un paso, quizá un minuto, en la transformación de mi aspecto: de joven semidesaliñado a profesional del duro curro de la hostelería.

Así vestido, mi juventud en retirada se amilanaba, y las incipientes entradas que solía disimular con el largo corte de pelo y los rizos desplomándose sobre ellas me revestían de una cierta solemnidad. Con esta presunción de entendido en nada e inocente en todo, día sí y día también un espontáneo o un asiduo me confesaba algún cataclismo interior, algún miedo, algún yerro, alguna duda.

Todo se repetía una y otra vez. Desde el insistente dolor de pies que tanto paseillo entre las mesas y la barra me dejaba al acabar la jornada hasta las habituales bromas de los parroquianos. Sin embargo, aparte de esto, lo idéntico se difuminaba y ninguna jornada era igual a otra más allá de las pequeñas semejanzas. Las diferencias se multiplicaban y no se limitaban a algún que otro servicio inusual. Los semblantes cambiaban como la luz a lo largo del día. Las conversaciones asomaban con nuevas y secretos. Personas nunca vistas se sumergían en sus pensamientos, solas y acodadas en la barra o dejando ir la imaginación en una mesa incompleta. Grupos aquí y allá que habían quedado en el local se palmeaban la espalda o se saludaban con distintos grados de calidez, salvo fortuitos desencuentros.

Los desconocidos arribaban por casualidad a *El gato que ladra* con sus propias aspiraciones y necesidades y yo jugaba a desvelarlas como quien gusta de rellenar un sudoku. Los de siempre nunca hacían exactamente lo de siempre, sino que o llegaban a deshora o marchaban antes de tiempo o mostraban un gesto extraño que apartaba lo diario de lo cotidiano.

A veces, las caras de quienes vienen y van son perfectamente intercambiables. Otras, algunas poseen un aire inconfundible que las hace únicas. A estas es a las que miro con disimulo, a las que no puedo dejar de mirar, las que nunca empachan mi retina, las que siempre muestran una lección que dar, un secreto que confesar, una manía que esconder o un misterio que indagar.

Lo mismo me ocurre con las palabras. Todos mis clientes suelen usar el mismo idioma, este bar no está en la ruta de las visitas turísticas. La mayoría se expresa como seres de pensamiento clónico y usa metáforas manidas, expresiones hechas, burlas sin novedad, chistes archiconocidos... Entonces, me desconecto y aprovecho para hojear el periódico del día entre la intermitente petición de consumiciones.

Los menos, con idénticas letras y distintas entonaciones, crean mensajes del todo impares. Es entonces cuando mis oídos hacen frente común con mis ojos y, entre ida y vuelta, escucho conversaciones deshilvanadas a las que mi curiosidad o mi invención dan textura. Ya me dijo el

jefe en una ocasión que no hay mejor psicólogo que un buen barman. Y tendrá sus rarezas, pero es un tipo honesto que sabe de lo que habla, por algo lleva casi medio siglo al frente del negocio. Supongo que no se ha jubilado aún porque *El gato* le da vidilla, y no le resta la suficiente para imponerse actividades que nunca ha hecho. También supongo que por su edad tiene que estar cansado del trajín, los madrugones y los borrachos, y que por eso cada vez delega más en mí, su mano derecha a falta de hijo que herede su pasión por el bar.

Es curioso cómo pasa el tiempo y nos hermana a quienes antes veíamos con edad de abuelos. Cuando yo llegué a su vida, él tendría diez u once años más que yo ahora y lo veía como a un anciano o un dinosaurio a punto de extinguirse.

**Más domingo 22-6-2014**

Los diálogos de los clientes escogidos rara vez me resultan tediosos. Algunos son triviales y otros serios. Unos dramáticos y otros jocosos. A veces incongruentes y otras la mar de formales. Pero nunca aburridos como para no escucharlos al pasar igual que quien se deja aturdir por un aroma. De ayer, sin ir más lejos, recuerdo retazos de dos de ellos.

—¿Tú crees que nos llamarán? —preguntaba un muchacho a su acompañante, con aspecto de treintañero como yo. Le habían quitado el puesto a mi diosa, Z, sentados en la primera mesa.

Me he acostumbrado a escribir sobre la mujer de blanco, una asidua intermitente que siempre se sienta donde ellos estaban hoy, designándole con esa única grafía, como si fuera una incógnita.

—A ver, si por la calidad fuera, seguro, pero date cuenta de que la competencia es atroz y el nivel estaba muy alto.

—Bueno, soñar es gratis —susurró el primero.

—Con esa actitud no vamos a ninguna parte. A la inspiración hay que pillarla trabajando, ¿quién lo decía? Fue un artista, un escritor o un pintor, ¿o sería un filósofo? —y se veía que quería impresionar al joven sentado enfrente, a pesar de hablar de oídas—. Debes mantener la moral alta, y que no falten el rigor y la preparación. Solo el fuerte convence y gana.

—Es que no me voy a hacer pajas mentales, que luego me ocurre como a la lechera del cuento.

\*\*\*

—Te he dicho que ya no aguanto más.

—Pero ¿por qué? ¿Qué nos ha pasado? Antes de convertirnos en pareja fuimos los mejores amigos...

—Quizá sea esa la cuestión. No debimos haber cambiado de estado. Como amigos éramos perfectos, pero...

—Ya. Como amantes, no. Eso quieres decir.

—No exactamente, no me malinterpretes, no me refiero a cuestiones amorosas. O al menos no solo a eso. Eres... demasiado puntilloso y yo... no estoy acostumbrado a que me controlen ni se irriten por cada paso que doy.

—Que necesitas espacio, vam...

—...

—...

«Me voy a perder lo más interesante», pensé.

Tras servir a los de la tercera y ver cómo intercambian un par de intervenciones más, me di prisa en volver a pasar por su mesa. Aún regresé a tiempo de escuchar algunas frases sugerentes mientras limpiaba con la bayeta amarilla la número uno.

—¿...mos compatibles?

—No lo entiendo. ¿Antes congeniábamos a las mil maravillas y ahora no somos compatibles? —se resistía uno de ellos a admitir la derrota—. Algo no me cuadra...

—Quedemos simplemente como amigos —le suplicó el primero—. Si no..., tendremos que cortar por lo sano... y eso sí que nos dañaría a los dos.

\*\*\*

—Te está sonando el móvil. Mira a ver... —sugirió el mayor.

—¿Tan pronto? ¡Imposible!

Me pregunté si esperaban la resolución de una entrevista de trabajo o la respuesta a la participación en un casting. Pero... ¿en domingo? ¡Cualquiera sabe! Sus caras anodinas no me aportaban datos con los que deducirlo. Recuerdo que reflexioné sobre las aspiraciones de la gente, y que llegué a la conclusión de que tener las esperanzas puestas en una llamada de móvil no era loable sino insensato.

—¿Ves? —señaló hacia la pantalla—. Número desconocido. Igual...

—Igual es alguien que me quiere vender algo. Hasta las narices me tienen.

Pero no se hizo de rogar demasiado.

—¿Sí? —esperó un momento y acto seguido insistió—. ¿Dígame?

El joven miró el aparato de frente como si este le fuera a contestar y se lo volvió a colocar sobre la oreja antes de repetir la pregunta. Tras un breve silencio...

—Se ha confundido.

—Sería un pesado. ¿Sabes?, antes, como me daban pena los que trabajan de teleoperadores —retomó la conversación su acompañante—, era educado con ellos. Ahora les contesto que no me viene bien atenderlos, que estoy trabajando, o me invento otra excusa. Si insisten, me deshago de ellos sin contemplaciones.

—¡Viva la asertividad!

—Claro, si no me interesa lo que me van a ofrecer, vamos, lo habitual, y siguen dando la barrila... pues yo les cuelgo. Que aprendan a respetar el oro ajeno, el tiempo, digo —y se reía de su propia ocurrencia con una risa que no sabría calificar si era ratonil o de hiena.

—Yo he desarrollado un sistema que no falla. Además me sirve para meterme en la piel de otros, ya sabes, en plan personaje...

—¿Y en qué consiste?

—Me enrolló con las maravillas de tal o cual servicio, o pretendo venderles yo otra cosa.

Acaban por colgar ellos —se carcajearon al unísono.

Mientras iba recogiendo con cierta lentitud todos los platos y tazas del pantagruélico almuerzo de estos dos de la primera mesa, me quedaba con gran parte de su conversación, bastante menos suculenta que todo lo que se habían metido entre pecho y espalda, y aún atisé a oír de la que me retiraba la última intervención.

—Algunos se pican y, en lugar de darse por aludidos, vuelven a llamar como si no hubiera sido yo quien los cortó...

**Lunes 23-6-2014**

Hoy ha sido un día terriblemente triste. El clima acompañaba mi desazón y los escasos clientes que entraban y salían no acertaban a animar este paisaje desolado. El bar, semivacío y funesto, vaticinaba alguna desgracia por venir. Ni siquiera la tele, esa señorita de compañía que ameniza los ratos de espera con su música de fondo y su palabrería despechada, ha conseguido sacarme una sonrisa o un destello de interés. Es una tarde grisácea propia para el bostezo.

A eso de las cinco y pico y en medio de un diluvio, ha entrado un grupo con ropas oscuras, semblantes apesadumbrados, ojos llorosos, pieles macilentas, venas marcadas y rictus serios. En otro momento hubiera pensado que era la avanzadilla de una secta pesimista. Hoy no. La hora, la dirección, el silencio y la compenetración de los nueve que eran me recordaron las esquelas que tanto me habían llamado la atención por la mañana. Dos de buen tamaño y una más pequeña. El dolor de la familia se había quedado constreñido en esta. Las otras dos, a pesar de la sorpresa de una muerte inesperada, engrandecían la figura despedida con sendas fotos. En ambas se veía a un joven risueño y de apariencia sana, quizá atlética, que para nada hacía presagiar su muerte a los veintiocho años. Una se la había puesto la empresa en que trabajaba, una gestoría. En la otra, sus amigos se habían despachado a gusto con una despedida poco al uso:



**El joven Jerónimo Saiz Mendizábal  
fallecido en Santander el 22 de junio de 2014**

A ver, Jero, ¿cómo coño nos has hecho una cosa así? ¡Siempre dando la nota! ¿Quién te has creído que eres para darnos este disgusto, joder? ¿En qué andabas pensando? Cuesta tanto utilizar el pasado...

Siempre fuiste un caso. ¡Cómo te ha gustado hacerte esperar! ¿Y ahora qué? Seguro que andarás fisgando por alguna rendija desde el más allá, descojonándote con nuestros caretos, bromeando con el impacto que una vez más has causado.

¡Te mereces que tus amigos te olvidemos cuanto antes por gilipollas! Te sabías un colega imprescindible y nos has dejado en chasis. Mira, socio, lo intentaremos de verdad, aunque solo sea porque odiabas toda clase de lástima estéril. Pero ¿podremos?

Después de la donación de tus órganos, alguien te llevará en su corazón o dará buen uso a alguna de tus

vísceras. ¡Generoso hasta en las últimas! Nosotros, no. Nosotros tendremos que conformarnos con llevarte en la mente, entrañable granuja.

RIP. ¿O no?

Antes del curioso remate, «RIP. ¿O no?», venía una serie de nombres que no recuerdo. Pero no importa, el texto ya había prendido en mi cabeza el fogonazo de esta memoria selectiva mía. Y cuando vi entrar a aquella pandilla no pude por menos que pensar que eran amigos suyos y que venían de su funeral.

**Lunes, igualmente, 23-6-2014**

Una chica de unos veinticinco años con unos *leggings* negros y un abrigo tres cuartos del mismo color se sonaba los mocos e intentaba por todos los medios aguantarse las lágrimas, pero le asaltaban de continuo espasmos como si sufriese Párkinson o tiritase de frío. A su lado, un joven muy demacrado, casi traslúcido, parecía que iba a echarse a temblar de un momento a otro también, pero lo que no hacía era abrir la boca ni siquiera para soltar un monosílabo, como si lo hubieran disecado o no saliera de su perplejidad. Recuerdo que pensé que se echaría a volar si le diera un ramalazo de aire, o que se escaparía como un globo de helio si tosiese. De no ser imposible por la altura, hubiera asegurado que no pesaba más de veinte kilos. No decía ni mu pero, si hablase, sus palabras tendrían que tener la consistencia del vidrio y la fragilidad de una cáscara de huevo.

El que llevaba la voz cantante, de unos treinta años y más alto que los demás, mostraba un singular enfado que dirigía a todos y a ninguno. Este se encargó de preguntar a sus amigos qué querían tomar con el fin de darme el pedido hecho, anotado en una servilleta de papel, antes de que yo pudiera acercarme. Se le notaba capaz de dirigir cualquier cotarro, quizá fuese el líder de una banda, el yupi secretamente envidiado o el colega que no puede faltar en ninguna fiesta. Sin embargo, nadie, ni los demás ni él, estaba para fiestas, para diálogos ni para nada. Se debatían entre la pena y el desamparo, y a sus largas caras de sorpresa y desolación se unía la imposibilidad de decidir qué sitio ocupar, equidistantes entre el extremo de la barra y una mesa del fondo.

Cuando me acerqué, el alto, sin darme tiempo a inquirir lo que querían, me entregó el apunte de su consumición: un café solo, dos cafés con leche, una Radler con limón, una cerveza 0,0, una caña, una coca-cola light y dos tintos. Me consultaron si podían sentarse en alguna de las mesas del fondo y llevársela allí, que era justo lo que yo iba a sugerirlos. «Por supuesto», les respondí, y me di cuenta de que así de poco podría enterarme. Les pregunté si querían alguna otra cosa y por todos contestó la voz cantante. No, no deseaban picar nada, quizá más tarde.

Esperé a que hubieran juntado las dos mesas, se hubieran quitado la ropa de entretiempo tardío, unos chubasqueros que rezumaban agua como colada recién salida de la lavadora sin centrifugar, y se hubiesen sentado, para llegar yo con la bandeja. Si bien me apresuré en prepararles lo que me habían pedido —junto a unos cuencos, cortesía de la casa, con patatas fritas, frutos secos y gominolas—, me demoraría en la colocación de los posavasos y en depositar el servicio de cada cual en el sitio correspondiente. Mi sistema consiste en dejarme llevar de mi certero sexto sentido, aunque a veces pregunte más para disimular que por cerciorarme.

En la mesa, con una diligencia lenta, resolví el encargo como si no existiera, para no llamar la atención de que soy todo oídos. Son muchos años de hacerme el inocente, servicial y callado. Pero mentiría si dijese que esa apariencia es real, que mi interés se asemeja a mi semblante despistado. Mi aspecto les ayuda a explayarse ante el testigo invisible sin sentir su intimidad

amenazada. Reconozco que escuchar las conversaciones ajenas es una fea costumbre, una especie de *voyeurismo* auditivo que me involucra en vidas que no son mías sin gasto afectivo alguno. Es la forma más sencilla y menos comprometida de no sentirme solo.

Según me iba acercando, escuché cómo la muchacha de los mocos susurraba: «No me lo puedo creer, no me lo puedo creer. Si nunca bebía más de la cuenta ni iba a esa velocidad de loco». Un joven de traje arrugado y barba de tres días le respondía, o quizá decía para sí mismo, a su derecha: «Es imposible, lo tenía todo atado y bien atado, no era peligroso». Justo después de estas palabras carraspeó la previsor voz cantante por si yo, que desempeñaba el papel de camarero al uso, convidado de piedra, metía las narices donde no me llamaban así todo. Y su grupo calló impelido por una fuerza que irradiaba rabia, desconfianza, aflicción y temor.

Recuerdo que pensé que, si no estuvieran seguramente despidiéndose a su modo del amigo muerto, darían el aspecto de estar tramando algo y no querer ser pillados en falta. ¿Estarían metidos aquellos o su amigo en algo ilegal? Seguí colocando cada vaso y cada taza delante, deslizándome entre el pasillo y las sillas para no molestarles y ganar tiempo de escucha, preguntando antes quién iba a tomar qué.

Siempre hacía lo mismo, decidía quién tenía cara de tomar qué y comprobaba los aciertos, que me ponían de buen humor, aunque en el fondo fuese una tontería. En la apuesta contra mí mismo, había acertado seis de ocho, una marca peor de lo habitual. Tal vez estuviera perdiendo capacidades adivinatorias. Tal vez ni ellos tuvieran claro qué beber. Seguí por la izquierda de cada uno según el orden como se habían sentado: la chica que acababa de hablar, uno de los cafés con leche, sobre cuyo interior temí que destilara alguna gota; el alfeñique que había estado durante todo el tiempo a su lado, pálido y con cara de Mixta, la cerveza con limón de la otra marca; el alto e imponente, la caña; el desgarrado y sumiso junto a este tomaría el café solo; una distinguida muchacha que se mordía los labios, un tinto; uno bajo y fornido, el otro tinto; una joven con pinta de peonza y aspecto flamenco, la cerveza 0,0. No obstante, cometí dos errores: la coca-cola light y uno de los cafés con leche los hubiera adjudicado justo al revés de como iban: la chica que se mordía las uñas, el café; el de traje arrugado, la coca-cola. No eran muchos datos, pero empezaba a vislumbrar las preferencias de cada uno y las cualidades que, en mi opinión, estas llevan aparejadas. ¡Suficientes para ir tirando!

Permanecieron con cara de lamento, con expresiones dubitativas, cabizbajos o cabeceando, unos tres cuartos de hora. Desde la barra no pude oír nada más, por muchos paseos que me di hacia el fondo y hacia la cocina situada detrás de ella, a esas horas fuera de servicio, y a la que se accedía por cualquiera de las dos puertas batientes con una ventana en la mitad superior que se abrían en los extremos de la barra. Después, el alto me hizo un gesto de llamada con la palma, habrían pasado por lo menos sesenta minutos. Me sequé las manos en el trapo y fui con la bandeja para retirar el servicio y cobrar, supuse.

Pero mientras lo retiraba, me preguntó qué podían tomar, que apenas habían comido. Yo les ofrecí todo lo que se veía en los expositores, pinchos de la mañana, bollería, algunas tapas. E incluso les sugerí la posibilidad de que, dado que la cocina estaba cerrada a esas horas, les elaborase yo mismo algún sándwich o hamburguesa, cosa totalmente inusual, o algún plato combinado fácil de hacer.

Les daba lo mismo cualquier tipo de bocadillo o, si me molestaba en calentar la plancha y la

freidora, con unos huevos o lomo y unas patatas fritas tendrían más que de sobra. Algo caliente sí que les vendría bien para sacarse ese frío de dentro. Recordé que la cocinera hacía todas las mañanas un montón de caldo de gallina para acompañar varios aperitivos a gusto de ciertos parroquianos, y se lo ofrecí. Había sobrado bastante.

Algunos fueron cediendo al hambre y escogiendo lo que preferían de lo que les fui sacando: unas bandejas con huevos, lomo y patatas, varias tazas de caldo... El mudo siguió sin abrir la boca y yo pensé que de un momento a otro se iba a desmayar de inanición. También sus amigos le insistieron para que probará algo, pero él permaneció callado con los ojos perdidos en no se sabe dónde, quizá en el San Pancracio que descansaba sobre las baldas con bebidas pegadas al espejo de la barra.

Me dirigí yo a él cuando llegué con una segunda bandeja, con un tono suave que he aprendido a usar cuando quiero que alguien me escuche y, de repente, como si se hubiera hecho la luz, se dio cuenta de que alguien le hablaba y me miró.

—Pruebe algún bocado, le aseguro que nuestra comida es sencilla pero exquisita.

—No, no quiero nada, gracias.

—Hombre, aunque sea unas patatas fritas, esas se comen sin pensar, o unas aceitunas o un pincho de algo —le sugirieron sus amigos.

—¿Qué tal una tostada con mantequilla y mermelada a la plancha? —le propuse, sabiendo que esto era suave de digerir y fácil de comer—, podrá llevárselo a la boca y tragarlo apenas sin masticarlo.

No sé si porque mi entonación le convenció o porque los demás le dejaran de aburrir cedió ante mi propuesta. Yo en el fondo me alegré, a pesar de la tristeza que sobrevolaba esas mesas, porque me di cuenta de que dilataba el momento de la despedida y que, tal vez, entre viaje y viaje, me enteraría de alguna otra cosilla, que seguro seguro que hacía alusión a aquel fallecido de veintiocho años cuya esquela tanto me había sorprendido por la mañana.

—Muy avisado, le has convencido, y buena falta le hace, que no nos come nada —me agradeció tuteándome el alto. Y yo le sonreí antes de retirarme.

Pero la mujer que me hace breves las mañanas no ha aparecido por el bar. Me está malacostumbrando. Muchos días viene de seguido y, de repente, se salta la tradición. Cuando falta, me muero por volverla a ver.

5

### **Martes 24-6-2014**

Tras el inusual día de ayer, hoy brilla el sol. Al anochecer ya amainaba la tormenta que parecía que iba a arrasarlo con todo.

La mujer de blanco se encuentra en esa edad indefinida de la juventud ajada o de la madurez comprometida. Me he hecho a verla todas las mañanas, quizá debiera decir cada mediodía, porque nunca viene antes de las once o las doce y, sin embargo, a esa hora del almuerzo desayuna con un hambre atrasada: zumo de naranja, tazón de café con leche largo de café, tostadas y *croissant* con mermelada y mantequilla y, a veces, hasta algún pincho salado, uno de tortilla de patatas o un sándwich vegetal.

Pero hay días en que esto no ocurre. Y la echo en falta tanto que pienso que se me va a olvidar respirar mientras atisbo de reojo la ventana de la mesa uno o la puerta de entrada al local.

No sé a lo que se dedica, pero tengo claro que no le debe agradar. Podría decir que es bella, a pesar de su mirada lánguida bordeada de unas profundas ojeras y de su rictus serio. Nunca hemos intercambiado una palabra más allá de lo que pide que le sirva. He notado su dicción no española, aunque debería ya pronunciar esas cuatro palabras repetidas día sí y día también con una total desenvoltura.

Tiene el pelo castaño claro y unos profundos ojos aguamarina que hacen pensar en los idílicos Cayos de Florida. Nunca he estado, pero desde pequeño he ansiado viajar allí. Sus ojos verde azulados y su cuidada indumentaria blanca destacan sobre cualquier otro de sus rasgos. Nunca hemos cruzado una mirada, porque ella ve a través de mí, sus ojos revolotean siempre por el espacio como pájaros inquietos que no encuentran rama en que posarse. Yo soy transparente para ella. Estoy seguro de que, si no existiese Helena, podría perderme en el mar sin fondo duplicado de su cara.

Cuando la mujer de blanco falta, siento un vacío difícil de explicar. Observo desde la barra la gente que pasa por delante de la cristalera y cuento. Un, dos, tres ¡y aparece! Un, dos, tres ¡y voy a ver asomar su pantalón blanco! Un, dos, tres ¡y su camisa blanca reflejará su brillo en los cristales! Un, dos, tres ¡y atravesará una marea azul desde su rostro hasta el interior del bar...!

En las ocasiones en las que falla a...«nuestra cita», recuerdo las otras mañanas en que, antes de entrar, las claraboyas de su rostro muestran a través de los cristales esas aguas refulgentes que en dos pestaños se adelantan y luego retroceden. Hay algo extraño en su proceder marino.

**Martes 24-6-2014**

Recordé los grupos que se dejaban caer por aquí cuando estudiaba en el instituto de enfrente y trabajaba unas horas para sacarme unas perras. A muchos los conocía de vista del mismo Centro. El instituto Cristóbal Colón estaba a tiro de piedra y los buenos precios, las generosas cantidades y las espléndidas tardes que prometían todos sus reclamos (cartas, juegos de mesa, billar, dianas, fútbol) les llevaban en los descansos y cuando hacían pellas hasta mi querido *Gato*.

Un grupo de los más asiduos estaba formado por cinco, principalmente, a los que había oído llamar mil veces: Beatriz, Lucía, Puri, Juan Carlos y Mario. Buenos amigos suyos eran otros tantos, de los que sus escapadas al bar y las conversaciones de aquellos sobre los ausentes, me habían dejado una clara idea de cómo eran: como «la bella sinsorga», Anabel, que algo tuvo con al que llamaban Juan Carlos, antes de acabar adaptándose a una vida cómoda y gris junto a un tal Enrique, su *alter ego*, la horma de su zapato. Según sus comentarios irónicos, igual de guapo que ella, igual de soso, con iguales intereses en la vida: formar un hogar y poseer una casita unifamiliar que llenarían con un par de hijos y dos mascotas en una zona bien del extrarradio. Juan Carlos tenía siempre la definición justa para cada uno, y en sus labios sonaba a broma, en lugar de a crítica solapada, por muy mordaz que fuera.

Con el tiempo descubrí los motes con los que los integrantes del grupo nuclear se dirigían unos a otros. Acerté a discriminar el de Sanchito para Juan Carlos, Zaida para Lucía y Majuelo para aquel esqueleto andante llamado Mario. Nunca llegué a ser su amigo, aunque me hubiera encantado: en aquella época dos años arriba o abajo suponían una frontera insalvable. Pero sí que el tiempo en que coincidimos y el escenario común en que gastamos tantas horas juntos, aunque no perteneciésemos a idéntico círculo, nos hacía cómplices de no sabría decir qué cosas, y me daba un pequeño lugar entre ellos.

Por sus conversaciones intuí que la «fea apetecible», Marga, no quiso ser el paño de lágrimas en que secase su dolor Juan Carlos cuando Lucía —era evidente que estos dos eran pareja, saltaban chispas a su alrededor— rompió con él ignoro por qué. La «agradable mojigata», Gema, me pareció que estuvo bastante enamorada de Mario mientras cursaron el bachillerato, aunque ninguno de los dos aprovechase el momento, y acabó teniendo una relación con el pesado de turno, Juan. Ambos terminaron casados, pero cada uno por su parte, y a veces quedaban ambas familias juntas, con hijos de edades similares y tan amigos como lo fueron sus padres.

El pulpo sin suerte, Chuso, que siempre entraba a las chicas de su grupo y a las que no lo eran con tan poca delicadeza que desde la barra yo no perdía ripia para aprender lo que no se debe hacer, aún no la había hallado. Estaba seguro de ello porque, aparte de recalar de vez en cuando por *El gato*, en ocasiones me lo había encontrado en la calle o en algún otro pub y le veía obrar con idénticas malas mañas que antaño. Ya empezaba a peinar canas y a no tener que peinarse las entradas, pero aún seguía buscando amoríos que nunca conseguía, sin sentar la cabeza, con idéntico atuendo informal y juvenil, ropa que solo se quitaba entre semana, cuando su puesto en un

banco le exigía ir bien afeitado, con traje y una sempiterna sonrisa Profidén.

El que siempre quiso formar parte de las fuerzas del orden, Víctor, consiguió lo que se proponía, sacó la oposición a Policía Nacional y fue ascendiendo y celebrándolo en el local: oficial, subinspector, inspector... Había estudiado Derecho y durante la carrera estrechó más sus lazos con Juan Carlos, al que nunca volví a ver con Lucía, pero quien en ocasiones se dejaba caer por aquí acompañado de esculturales y pasajeras jóvenes. Si lo pienso bien, tampoco volví a verlo con el que había sido su amigo del alma, el flaco, Mario. ¿Qué demonios les habría pasado?

Curiosamente, la última semana habían recalado por el local, en varias ocasiones y a horas intempestivas, algunos de ellos. Después de veinte años, Juan Carlos y Mario habían coincidido como si previamente se hubieran fumado la pipa de la paz. Aunque no puedo decir que los viera distendidos tres noches atrás. Las caras de preocupación de estos dos, Víctor y Bea, no dejaban lugar a dudas de que algo grave había ocurrido. Solo acerté a escuchar el nombre de Lucía.

El Guadiana, Ángel, aquel menudo amigo al que apodaron así por lo mucho que faltaba a clase, siempre faltas justificadas por sus padres para despecho de sus tutores, se mantuvo fiel a su frecuente comportamiento, a decir de sus excompañeros. Yo apenas he vuelto a saber de él.

—Macho, asistes cuando no se te espera y excusas tu ausencia por causas peregrinas cuando estamos todos convencidos de que vas a venir —recordé haberle escuchado a uno de sus amigos decirle, cuando aún éramos todos unos adolescentes.

Era extraño su modo de proceder, yo solo conocía de él su imagen externa. Hasta qué punto controlaba su exposición incluso con sus íntimos, cuya confianza se ganaba una vez y otra, pese a su infidelidad a los principios del grupo: *Todos para uno y uno para todos*, que les oí cuando aún era un imberbe. Esos principios que se creen indestructibles en la primera juventud y acaban convirtiéndose en dogmas quebrantados.

Las vidas de todos nosotros fueron transcurriendo por el sendero más o menos trillado al que la mayoría se deja someter. Esporádicamente regresaban a *El gato que ladra* y recordaban sus tiempos mozos todos ellos. Todos menos Lucía. Por eso nunca llegué a olvidarlos y reconocía en los hijos de quienes los tenían las virtudes y defectos de sus progenitores.

Solían quedar, ya adultos, a tomar unas cañas y contarse anécdotas, viajes, dimes y diretes. Y yo, antiguo convidado de piedra como el propio mobiliario, había pasado a convertirme en algo más, en parte de su propia historia de encuentros y desencuentros, porque los años no pasan en balde y la diferencia de edad se había difuminado.

Así fue cómo me enteré de la reciente desaparición de Lucía durante casi una semana, de que la encontraron con vida después de no dar señales de ella durante esos días, y de que Juan Carlos y ella volvían a estar a partir un piñón. Los años habían pasado por todos, pero ella seguía siendo hermosísimamente distante.

**Martes 24-6-2014**

El 19 de junio de 1987 cambió mi vida de forma radical, pero no fui muy consciente de hasta qué punto. El potente explosivo acabó con vidas, deseos y planes en un santiamén. Yo fui un simple daño colateral. Helena opina que por eso soy como soy. Qué sabrá ella cómo hubiera sido yo de haber vivido una infancia estándar. ¿Y cómo cree que soy? A veces me parece que me ve como a un extraño. No sé por qué sigue conmigo.

En el atentado perpetrado por [ETA](#) en el Hipercor de [Barcelona](#), murieron veintiuna personas y cuarenta y cinco más fueron heridas. La [organización terrorista](#), se ¿justificó? después, había avisado de la colocación de la bomba, y achacó la culpa a la policía, que no lo desalojó. Uno de los fallecidos en el acto fue mi padre. Una de las heridas, que acabaría muriendo meses después sin haberse recuperado nunca, fue mi madre. No sé si la llegaron a contabilizar entre los muertos o la dejaron anclada a la lista de heridos graves.

En aquella época eran habituales sus masacres. Seis meses más tarde, el itinerante Comando [Argala](#) ocasionó menos muertos pero más heridos, la mayoría civiles, [en la casa cuartel de Zaragoza](#), con un [coche bomba](#) cargado de [amonal](#). Y el atentado quedó grabado en la memoria colectiva porque en él perecieron cinco niñas.

El jueves 19 de junio de 2014, se habían cumplido veintisiete años de lo ocurrido. La fecha era un mazazo anual con el que convivía. Aquel viernes de 1987 (ni siquiera los días de la semana coinciden, como si los hechos perdieran fuelle con el tiempo), con diez años, me vi en la calle para siempre. Que mis parientes cercanos dudaran si adoptarme o darme en acogida no ayudaba mucho, la verdad. Y que fuéramos dos, y no uno, duplicaba la carga. Suerte que mi hermana, cuatro años menor, apenas guarda recuerdo de lo sucedido.

En realidad, el cambio de una ciudad a otra, tras una pequeña estancia en una casa de los Servicios Sociales y unas semanas con unos tíos paternos, me había dejado un poso de provisionalidad con el que no pudieron acabar mis abuelos, a los que hasta entonces no veía más de un mes al año, en vacaciones, y con los que todas las semanas mi madre nos instaba a hablar. Mi pareja está convencida de que esa es la causa de que no me anime a tener hijos:

—Lo que te pasa a ti es que no quieres dejar huérfanos por el mundo en caso de que fallezcas prematuramente igual que tus padres, pero no te das cuenta de que eso es completamente improbable. No te puedes obcecar así.

—Dime quién es la obcecada con el tema.

Durante mucho tiempo me había acostumbrado a establecer relaciones livianas, no duraderas, y el salto de este revoloteo de flor en flor al tira y afloja de una sería resultaba cuando menos arduo. Antes me regodeaba en los placeres de la carne sin compromiso. El tacto me resultaba etéreo y fácil de sobrellevar. Ahora estos placeres se medían con luz y taquígrafos, como si se llevase un

libro de contabilidad: «hoy no toca, ahora estoy cansada, mañana hay que madrugar...». Cierto que solo Helena ha conseguido que me abra un poco y me ha hecho sentir un simulacro de felicidad y permanencia. Cuando la conocí un año atrás, no me pasó inadvertido que a su lado el tiempo corría rápido. Y enseguida nos fuimos a vivir juntos. Mejor o peor, he sabido devolverle la promesa de una vida en común, pero... hay algo que no acaba de cuadrar entre nosotros...

A veces me comporto como un miserable. Si nos definiera únicamente la conducta, yo sería una persona muy muy ruin. ¿O exagero? Me niego a asestarle una puñalada a ella, pero... a mi cachiporra le cuesta mantenerse quieta. ¿Por qué se valora sin medida el hecho de ser fiel? ¿Por qué nos empeñamos en diseccionar las relaciones para catalogarlas en correctas e incorrectas? Un engaño deja de existir sin el imperio de la exclusividad. El compromiso es un contrato como cualquier otro de la civilización. La lealtad es un invento sobrevalorado en el mundo de las parejas. El pasado me ha dejado la duda en hipoteca, y no es nada metódica sino irregular. Y el escepticismo. Solo creo en la constancia de la inestabilidad de los hechos y la mutabilidad de las personas. Solo creo que no creo en nada, aparte de que poco sepa y mucho dude. Ni siquiera admito que del pensamiento se derive la existencia. Yo le doy mucho al coco, pero perfectamente podía no existir si aquel día hubiera ido a la compra con ellos. Soy amigo del saber, pero a nada doy crédito a pies juntillas.

Hablando por no callar, Helena da rienda suelta a la ejecución de sus proyectos. En el fondo, no estoy seguro de que los suyos y los míos caminen parejos.

—Samu, ¿qué tal si cogemos las mochilas y nos vamos este verano un mes por ahí, a la aventura...

—Samu, te he preparado una cena deliciosa, no tardes en llegar. Tengo una propuesta que hacerte.

—Samu, este *finde* vienen a vernos mis padres, tienen ganas de charlar con su yerno favorito...

¿Será porque soy el único? Los días en que no ocurre nada se me llenan de espectros que me obligan a recordar.

**Miércoles 25-6-2015**

Por fin una novedad en el frente. Hoy, más vale tarde que nunca, acaba de asomar el grupo de Lucía.

—Zaida, ¿qué te pongo? —me dirigí a Lucía sin darme cuenta de que la llamaba por su nombre en clave, que no tenía por qué saber o al menos usar.

Los cinco me miraron estupefactos, antes de echarse una carcajada que enterraba el enfado que a tres de ellos les duró veinte años, secreto como tantas otras cosas.

—Te has ganado el derecho a llamarnos por nuestro no-nombre —remedó Majuelo, o sea, Mario, el flaco, el no-cumpleaños de *Alicia en el País de las Maravillas*.

—¡Ay!, perdón. No me di cuenta de que solo os dirigíais con estos mote entre vosotros. Y ya se sabe: nosotros, ver, oír y callar —me disculpé entre azorado y distendido por su reacción—. Por cierto, a la que nunca veo es a Puri, ¿qué es de su vida?

Me dio la sensación de que los cinco no supieron si mandarme a la mierda o confesar algo, una sombra pasó por entre ellos. Se decantaron por volver a reír como si les hubiese dado un ataque, casi convulsionan.

—Samu, que te metes en camisa de once varas, pisas en tierras movedizas.

—Perdón, otra vez. Está visto que hoy no es mi día y me estoy convirtiendo en un bocachanclas que se mete donde no le llaman y habla sobre lo que ignora.

No entendía qué pasaba, pese a que me fueron dando pildoritas que no aclaraban mis dudas y me mantenían a raya.

—A Puri, mejor no la mientes. No se habla de la sogá en casa del ahorcado.

—Hoy estás sembrado, nunca antes has metido la pata.

—Te has ganado el derecho por antigüedad a hablarnos de tú a tú e, incluso, a incorporarte a nuestras conversaciones aunque no te conciernan —la entonación de Sanchito dudé si mostraba un mal disimulado enojo, un interés repentino o un reparo escondido, y añadió enigmático—, pero si no la ves por aquí por algo será.

—Perdonad, lo siento, no sé qué demonios me pasa hoy que no hago más que meter la pata.

O sea, divagué, que la alocada les había hecho alguna jugarreta y no estaban dispuestos a perdonarla, y que el nuevo meollo del grupo lo conformaban estos cinco. Quizá mis errores se debiesen a la curiosidad por saber qué había pasado con Lucía, que me traía a mal traer, y sobre lo que no me atrevía a preguntar abiertamente. De repente recordé... Aprovecharía a ver si soltaba prenda...

—Lucía, estás estupenda, a pesar los años que nos has tenido castigados sin una visituca —ella sonrió dulce y tímida como era su natural y eso me animó a proseguir. Eso y el mes que me he tirado de vacaciones, que me ha persuadido de tomar siempre el toro por los cuernos—. Ya me dijo el jefe que habías vuelto por aquí, le hizo mucha ilusión. Aunque no se atrevió a preguntarte dónde habías andado porque temió molestarte, te veía ensimismada. También me contó que la semana pasada desapareciste y tus amigos hicieron de *El gato* su cuartel general. Me alegro de que hayas reaparecido, se te ve agotada pero contenta.

—Sí, estaba pasando por un mal momento, pero eso es ya agua pasada. Muchas cosas han cambiado —y dirigió una mirada de reconocimiento a sus amigos.

—Por cierto, se me había olvidado, hace tiempo, bastante tiempo, ¿diez años?, no sé, empezaron a venir asiduamente dos chicos. Hablaban en un español raro, tal vez con un deje extranjero. Entre ellos charlaban en inglés. Siempre pedían lo mismo, un desayuno muy británico: huevos, beicon...

—¿Y...? —me cortó Lucía para que dejase de irme por las ramas.

—Que en una ocasión me preguntaron por ti. Vamos, me explicaron que buscaban a una Lucía que había estudiado en el instituto de enfrente y me enseñaron unas fotos un poco antiguas. Eras pequeña y en alguna salían dos mocosos que supuse que eran ellos. En la más cercana en el tiempo, tendrías unos quince y creo que estaba sacada de algún programa de tus conciertos de piano. Supuse que eran amigos o primos lejanos, porque... ¿hermanos...? —me extrañé.

Ella me miró como si la hubiese devuelto a un país imaginario. Sus acompañantes contuvieron la respiración de igual modo que si se hallaran bajo agua. Yo pensé que de nuevo me había extralimitado, aunque ignoraba por qué en este caso.

Como cualquier otra mañana y como un reloj, me había presentado en mi lucha diaria, aquel trabajo que no me daba un día de asueto pero me permitía pasar buenos ratos buceando en las historias ajenas sin comprometer mi integridad, dispuesto a seguir mostrando mi perfil de indiferente. ¡Nada más lejos de la realidad!

Rozando el absurdo, parecía que me hubiera propuesto tirar por la borda la labor impertérrita de siglos. ¿En qué estaba pensando para inmiscuirme en el trato y las expresiones de los clientes con los que, a pesar de ser asiduos, no tenía la suficiente confianza? ¡Menos mal que se lo habían tomado bien! La ausencia de la mujer de blanco estas tres últimas mañanas y que los chavales que despedían al tal Jero la tarde del veintitrés no retornasen por aquí me habían perturbado mucho más de lo que creía. No sé por qué pensé que volverían. Quise creer que se habían sentido cómodos en nuestra llana tasca, pero, claro, no conté con los recuerdos que el local pudiera traerles de tan desdichada pérdida...

Lucía retuvo la información un poco más del tiempo que hubiera sido necesario para asimilarla; sin embargo, cuando lo hubo hecho, me bombardeó a preguntas, y retorné al sitio en que me hallaba.

—¿Cómo eran? ¿Si te enseñó una foto de esa época, los reconocerías? ¿Qué te dijeron? ¿Solo estuvieron aquella vez? ¿Te dejaron una dirección o un teléfono de contacto?... Ahora que mis abuelos ya hace un tiempo considerable que han fallecido y que yo me estoy encontrando, sería un

buen momento para dar con ellos.

—Creo que sí, tendría que buscar... —respondí con cierto desorden a algunas—. Han vuelto alguna que otra vez.

—Es posible que sus relaciones con nuestro tío y mis primos, no pasen por la mejor época... —De repente, tragó saliva, sacó un billetero, enredó en él y extrajo una foto que se correspondía con una de las de aquellos. Los señaló—. ¿Son estos?

—Bueno, supongo que son ellos. Al menos, la foto creo que es la misma.

Pude comprender que hay dolores del pasado que se renuevan constantemente como plantas trepadoras. ¿Quién no tiene algún muerto en su armario? ¿Algún secreto que no quiere confesar? Y me sentí de algún modo solidario con Lucía.

**Jueves 26-6-2014**

Me gustan los días en que *mi* Pepe y yo podemos conversar.

—Durante su infancia, había recordado a sus hermanos día sí y día no hasta que los juegos infantiles y los regalos supletorios le habían hecho olvidar lazos de afinidad y amor mucho más fuertes. Tenía dieciséis o dieciocho años cuando me lo contó una tarde. Ignoro por qué los separaron. Sé que andaba de morros con su novio y que el desánimo flirteaba con su mirada. Tampoco sé por qué. Ya sabes que escucho bien y son muchos los que se confiesan con desconocidos, pero con frecuencia hay que leer entre líneas y completar los vacíos...

—Pepe, a ti te conocía bien, y no hay persona bajo la faz de la Tierra que se te resista. ¡Quién no confiaría en ti?

—Estoy seguro de que sería allá por... —meditó—, a raíz de lo que fuese que les pasó por lo que han estado enfadados o distantes tanto tiempo...

—Sí, otro misterio sin resolver —frivolice, pero él no se dio por vencido en su afán evocador...

—«Además, tiene a su otro hermano. De repente se habrá visto convertido en el mayor y deberá cuidar de sí mismo y de él. Nuestros primos se dedicaban siempre a hacernos alguna de las suyas», añadió como quien habla sola y piensa en alto. «Que su hermana haya desaparecido al mismo tiempo que sus padres les habrá dejado una ficción de familia inexistente». ¿Recuerdas cómo se expresaba?

—¡Como para no! A veces semejaba un libro de filosofía o de autoayuda.

Cuando esta mañana ha asomado el jefe por aquí me ha faltado tiempo para explicarle la escena de ayer y preguntarle si tenía idea de dónde guardamos el papel en que nos escribieron sus datos. Se ha explayado y me ha contado esa conversación. Sé que hace hablar a las piedras y que es totalmente discreto, ojalá no fuera tanto, a veces no estaría de más que me advirtiera. Tengo mucho que aprender aún de él.

Una imperfecta conjunción de astros mofándose de nuestros destinos me ha hecho sentirme hermanado con ella. De nuevo, un hueco a la altura del pecho que no sé cómo llenar latía como un corazón complementario.

—Le gustaba el alineamiento de sus abuelos: ella con un rictus de perpetuo resquemor en los labios y él con el ceño fruncido a todas horas —prosiguió recordando lo que Lucía le había destapado—. «Son la viva imagen de los platillos de una balanza: el del desamor y el del desconcierto con la que les cayó. Es curioso, eso me hace sentir segura y distante de lo que no quiero. No hay peores dolores y amenazas que las de la esperanza cuando es infundada».

—Caray, no me extraña, pero sí que confió en ti—interrumpí por el mero hecho de hacerme oír,

así que él ignoró mi intervención.

—«Cuando me despedí de mis abuelos no sentí ni frío ni calor por lo que dejaba atrás, ni pena ni lástima porque acabasen de perder a un hijo. Solo sentí que me desgarraba la idea de que sus nietos se alejaran de mí. Aunque si mis hermanos se han sentido verdaderamente acogidos, cosa que dudo, me alegro por ellos. Ojalá ni el escalofrío de la pérdida ni el miedo a las nuevas latitudes les afectasen. ¿Sabes?, acabó por llevárselos un tío a Inglaterra». Le pregunté por qué se habían quedado sus abuelos con sus hermanos, pero pareció volver en sí y se hizo la loca. «Nada, no te preocupes, no se puede buscar solución a lo que no la tiene». No insistí, había vuelto a su hermetismo habitual.

**Viernes 27-6-2014**

Empiezo a ponerme nervioso. Hoy es el quinto día consecutivo que la mujer de blanco no aparece. ¿Habrá decidido regresar a su país? ¿Le molestaría mi atrevimiento del domingo? Seguro que se percató de que no le quitaba ojo. El día en que ese chico falleció, el veintidós, yo me sentí feliz y osado. Es curioso cómo le va a cada cual la vida al mismo tiempo, mientras el imperturbable reloj mundial marca sus horas. Tal vez cuando se levantó Jero esa mañana también se sintió pletórico y lleno de energía.

Aquella mañana me atreví. No sé si fue una leve sonrisa que asomó a su cara lo que me hizo tomar la decisión en una milésima de segundo mientras tomaba nota de lo que estaba seguro de que iba a pedir.

—Perdón, señorita, me atrevería a sugerirle que hoy, en lugar de tomar lo de siempre, tome un desayuno completo también pero con algunos cambios.

—¿Y queeé crree que ibbba a tomarr?

—Su zumo, su café con leche grande y bien cargado, con un par de tostadas y un *croissant* con mermelada y mantequilla y, tal vez, un pincho de tortilla de patatas o un sándwich vegetal —me aventuré a acertar. Su risa entre cándida y contenida me demostró que había atinado.

—¿Y qué me prropone usteeeé?

—Aparte del consabido zumo y café, si se fía de mí, unas buenas rebanadas de pan tumaca, unas deliciosas tartaletas de masa de hojaldre con ensaladilla recién hecha y alguna cazuelita de lo que ha preparado hoy la cocinera como menú —enumeré sin estar seguro de que ella hubiera entendido algo.

—¿Pan tumaaaka?

—Pan con aceite de oliva virgen, sal y tomate crudo restregado sobre la rebanada. Encima se le pueden poner unas lonchas de jamón de primera.

—Me va bien, señorrriito —y ante la risa que me produjo el tratamiento, rectificó—. O mejjjor lo llamo por su nombrre, que es...

—Samu, para servirla —me oí contestar a la antigua usanza como un imbécil, aunque no estaba seguro de que ella notara el matiz, y aproveché—. ¿Y usted se llama...?

—Boyka Svetlana. Yo también sirrrvo, cuando quiera.

Le sonreí y marché a preparárselo sin tener muy claro qué quería decir con la última oración. ¿Que me ayudaría en el bar? ¿Que trabajaba de asistenta en alguna casa? ¿O que estaba dispuesta a hacerme algún trabajito si, como me temo, se dedica a realizar los trabajos manuales más viejos del mundo? Seguramente era un problema de falta de dominio idiomático, pero y ¿si era...?

¿Habría venido engañada o lo hacía por puro interés? Desconocía ese mundo. ¿En algún caso las mujeres que se prostituían, sobre todo si eran extranjeras, lo hacían sin ser explotadas, por propia iniciativa? Me había llegado la onda de que algunas universitarias lo hacían para pagarse los estudios, para mantenerse mejor sin tener que depender de sus padres, o porque tenían gustos caros y no demasiados escrúpulos. No quise entrar en juicios de valor. Aunque aún pensé que yo, que soy bastante quisquilloso con la limpieza, este oficio sería el último que realizaría si fuera mujer y estuviera en mi mano escoger. Tal vez esa fuese la clave, poder escoger. Sabía que no todas tenían elección, que muchas sufrían la trata de blancas y luego la consiguiente explotación sexual, pero ¿todas lo ejercían obligadas?

Después de tales pensamientos, deseé que ella fuera una alta ejecutiva, una rica heredera del Este que vino de turista y se quedó encaprichada por mi tierra, o cualquier otra cosa que justificase sus hábitos y no hiciera peligroso el que me hubiese prendado de ella, más allá de que mi conducta dejase de ser íntegra con respecto a Helena, que quizá andaba en las nubes, deseando lo que no podía o no quería darle, pero de ningún modo se merecía mi infidelidad mental.

Luego, cuando llegué a casa, busqué su nombre en internet: Boyka Svetlana, si no me había confundido en alguna letra. Ambos de origen eslavo, Boyka significaba «que tiene miedo a la batalla»; y Svetlana, nombre popularizado por un poema del ruso Váslí Zhukovsky, «luz». ¿Sería cobarde o pacífica?, lo que estaba claro es que irradiaba luz.

**Viernes, 27-6-2014**

Recuerdo cuando empecé a trabajar aquí. José Navarro me aleccionó: «Escuchar, ver y callar. Esa es la esencia de un buen camarero. No te metas donde no te llaman. Es de mala educación participar en conversaciones ajenas. Si se sienten vigilados o metes baza sin que se dirijan a ti, estás perdido. A nadie le agrada un niño husmeando en ellas con carta blanca para merodear por su mesa. Espera a que te llamen. Aprende a descifrar los signos por leves que sean. Quienes vienen media hora a echar un vistazo al periódico, desayunar entre amigos o descansar de su jefe, lo hacen con prisa, pero las ganas de desconectar les envuelven en un espejismo de tranquilidad del que no quieren ser despertados. Están en su burbuja. Cuando sea el momento, un cabeceo, una mirada o un gesto de sus manos te harán saber que es hora de retirarles la consumición, cobrársela o traerles otra. Con el tiempo irás aprendiendo cuándo esperan que te inmiscuyas en sus cavilaciones, cuándo te ven como a un igual aunque estés a su servicio, y ya no será necesario que te cerciores con un '¿Me ha llamado, señor?' Cuando hayas aprendido estas claves del oficio, estarás en disposición de volar solo, y a mí me tocará enseñárselas a otro. Es el destino. Todos aspiramos a medrar y algunos, tocados con la varita mágica de la ambición y la sabiduría, hasta lo logran. Yo volveré a enfadarme conmigo mismo por haber ayudado a acelerar el proceso y seguiré aquí estancado. Pero es natural, tú no te preocupes. Los avezados pronto buscan su sitio. En el fondo me alegraré de que te marches y me hagas la competencia».

¿Quién nos iba a decir a ambos que veintiún años después y con todo aprendido seguiríamos juntos! Hacemos un buen tándem. La voz de la experiencia y la curiosidad impenitente. Si nuestros parroquianos supieran... Y si Pepe imaginase hasta qué punto su amistad y su empeño por hacer de mí un hombre han conseguido ayudarme a sobreponerme a los fantasmas de mi infancia...

Pepe no es como un padre para mí, sino el que yo hubiera escogido de saber que al que me otorgó la naturaleza me lo robarían antes de tiempo. Es curioso, lo que se da no se quita, pero a mí me arrebataron lo que me dieron para darme lo que no me fue otorgado en un principio. Se ríe cuando le llamo «mi Pepe», pero sabe que ha tenido más que ver con mi evolución como persona que los pobres parientes a los que les caí del cielo.

Casi cien horas después de la primera vez, pero acaban de entrar cuatro de los chicos del funeral: la voz cantante, la temblorosa, el alfeñique y la que se mordía las uñas. Tal vez consiga saber un poco más de lo ocurrido y de su extraña reacción en forma de esquila. ¿Estaré en lo cierto y se preñarán de este sitio? ¿O mi diligencia y aparente desinterés tendrán que ver con el hecho de que hayan repetido en *El gato*? Ojalá sigan viniendo por aquí y se convierta en su lugar de encuentro predilecto. Y no solo por enterarme de qué pasó. Nuevos clientes, nueva savia. Los chavalines del insti no dan como para mantener un bar que se precie. Entre clase y clase y fuera del horario de estas son muchos los minutos que hay que llenar.

Los cuatro hacen ademán de sentarse en una de las mesas del fondo, pero retroceden al unísono y se acercan a la barra para ojear los pinchos. Son de zumo y café con algo salado; salvo la temblorosa, de bollería a la plancha con mermelada y mantequilla.

¿Dónde demonios se habrá metido la mujer de blanco? Eso sí que me tiene preocupado. Pepe el otro día me insinuó que quizá no estoy al tanto de a lo que se dedica. Sé por dónde iban a ir los tiros y le llevé la contraria. ¿No se supone que las tienen encerradas y en pésimas condiciones, como si fueran ganado? Esta sale y va impoluta. De acuerdo, es del Este y pasea una mirada terriblemente triste, ¿pero no puede explicarse por otra causa? Mal de amores, la pérdida de un ser querido, cualquier cosa... en lugar de acudir al prejuicio.

—Nuria, guapa, te va a subir el azúcar como sigas así.

—No está el horno para bollos, precisamente. Estás más guapo callado, a ver si se te pega algo de Luis —le espetó la joven a la voz cantante.

—Tengamos la fiesta en paz —medió la rumiante—. A Jero le gustaría, era el más conciliador de todos.

Y repentinamente, el silencio sobrevoló como una quimera. Así pues, la temblorosa se llamaba Nuria y el mudo paralizado, Luis. En cuatro incursiones más tendría el elenco completo. ¡Estupendo!

**Jueves 3-7-2014**

¿Cuánto ha transcurrido? ¿Diez días tal vez? Por fin he visto aletear el color blanco a través de la cristalera y me ha faltado ponerle la alfombra roja a sus ojos aguamarina. La mujer del Este ha regresado cadenciosa, como siempre, quizá algo más titubeante. Hoy lleva una falda de palas tobillera y una camisa de manga boba anudada al ombligo que, sin embargo, no alcanza a vérsesele, ambas prendas blancas, como me tiene acostumbrado. Lo único que desentona son las gigantescas gafas negras que a menudo lleva y el bolso de mano plateado.

En cuanto la he visto entrar he sacado mis armas de seducción masiva. He mantenido a raya a mis nervios y me he dirigido hacia la primera mesa, en donde siempre que está libre se sienta Z. ¡Cualquiera la llama por su nombre! Le gusta tener la pared detrás como un guardaespaldas, mirar de frente a quienes entran y ver a los situados al fondo del local. Desde su particular mirador también ve las entradas a la cocina y la barra, a su izquierda, y la calle a través de la cristalera que queda a su derecha.

—Hola, Boyyyka Svetlll... —la sonreí tras tartamudear su nombre—, me alegro de verla de nuevo por aquí. ¿Café, zumo y...?

—Pan tummmaka, me gustó, y torrrtilla y ensaladilllla, por favorrrr.

—Ahora mismo.

Me fui a preparar la comanda. ¿Qué no cuadraba en su aspecto? ¿Había adelgazado ostensiblemente en tan poco tiempo? ¿Tenía la piel más morena? ¿Llevaba las mismas gafas de siempre...? Mientras preparaba el café con leche y lo demás, anduve dando vueltas a su fisonomía. Su expresión era similar, pero... ¿no estaba mucho más maquillada? Y las gafas parecían más grandes que otras veces. Me fijaría cuando volviese con la bandeja.

Empecé a dejar lo pedido sobre su mesa despacio, para darme tiempo a observar su rostro, impávido, que no me miraba de frente. Sí, estaba muy maquillada y sus gafas eran demasiado grandes. Y por más que traté de entablar un diálogo con ella no lo conseguí, me respondía monosilábicamente. Dejé de hacerme el majó e interesante y volví a mi redil tras el mostrador. ¿Qué pasaba? ¿La habría molestado el último día que la vi?

Se me ocurrió de repente. En breve llegaría Pepe. Tramé algo. Lo llamé y le advertí de lo que esperaba. Cuando llegó por el lado oportuno de la calle, observó detenidamente lo que aparentaba mirar con descuido. Luego me dio un pormenorizado parte. Una leve mancha violeta sobresalía por debajo de la montura y se extendía sobre su pómulo derecho. Y también notó un pequeño corte en ese lado de sus labios. De no haberle puesto sobre aviso no se hubiera percatado.

¿Se habría casado para obtener la nacionalidad y le iba mal en su matrimonio? ¿Cómo se había producido el golpe? ¿La habría maltratado su marido, si tenía? ¿Cuál sería mi segundo paso?

**Jueves 3-7-2014**

Pensé por un rato cómo meterme en los asuntos de la mujer de blanco. Ahora comprendía por qué sus andares al entrar me habían parecido menos salerosos. Seguro que habría recibido algún otro golpe a lo largo de su cuerpo. Con su vestimenta era imposible verle un milímetro de piel más allá de la mínima. Solo le faltaba el burka. ¡Ya estaba! Me acerqué a retirar taza, vaso y platos. Me tiré a la piscina.

—Lo siento, señorita, no quiero inmiscuirme... —lo cual era mentira. ¿Entendería esa palabra que había usado? Sí, el contexto hace milagros—, pero... creo que tiene problemas, ¿me equivoco?

—...

—Me ha parecido advertir una marca en su pómulo...

—No es nada. Patosa golpeé con esquina arrrrmarrrio.

—A ver... —e hice ademán de ir a tomarle la cara para observarla.

—No, no, no ssssemmmetta. —Me apartó asustada, y miró hacia el cristal como alma que lleva el diablo.

—Perdone, solo quería ayudar.

—Muchho «perrrrdone», ustéeee —¿me recriminó?

—Por si cambia de opinión... —y dejé en el platillo, junto al tique con el importe de la consumición, una tarjeta publicitaria de *El gato* en la que había anotado mis datos personales, así, tirándome en plancha a lo Tarzán—. Ese es mi nombre y mi teléfono, me puede llamar a ese número cuando quiera, ¿ok?, siempre que lo necesite.

Ella titubeó, volvió a mirar como a lo lejos a través del cristal, alargó la mano, me sonrió, miró el importe, abrió el bolso y deslizó mi tarjeta en él al tiempo que sacaba su monedero y dejaba un billete para que me cobrara. No esperó a que regresase con las vueltas. Al salir se despidió, ahora sí, mirándome de frente y con una tímida sonrisa. Creo que le temblaba el pulso. Eso o llevaba un hámster en el bolso. En el preciso momento de la despedida caí en la cuenta de que igual me había vuelto a extralimitar. Y me entró una taquicardia inverosímil que a punto estuvo de dejarme en el sitio. Volví en mí cuando un cliente del fondo insistió.

—Eh, Samu, qué te pasa hoy, ¿estás dormido? Anda, cóbrame que tengo prisa.

—Ahora mismo.

A la velocidad del rayo imprimí el tique y se lo entregué. Él se sonrió.

—¿Qué?, ¿te gusta la gachí? —y me guiñó un ojo.

—¿Eh? —desperté con el jarro de agua, y yo que me tenía por disimulado—. Es que estaba en Babia.

—¿En Babia o en Ucrania? —y echó una risotada que a punto estuvo de zarandear toda la cacharrería.

—Ni tan cerca ni tan lejos, Tomás, en las nubes de Valencia —quise hacer un chiste con el que no le despisté y quedé como bobo.

—Hala, toma, esto para ti de propina, te lo has ganado. Y hazme caso, no te conviene.

Me da la impresión de que todavía no se me han bajado los colores y eso que ya han pasado varias horas. ¿Estaría en lo cierto ese parroquiano y la mujer de blanco es de Ucrania? ¿Por qué habría de saberlo él? ¿Por qué se atrevió a darme tal consejo? ¿Tendría un chulo pegón que la explota?

**Viernes 4-7-14**

Anoche vino a buscarme Helena a la hora de cerrar. La casualidad hizo que estuviera el «comando funeral» de conciliábulo. Aún no sabía todos sus nombres, me faltaban dos, los otros ya los había pillado al azar entre idas y vueltas. En la última semana han ido viniendo por grupos, todos los días alguno pero ninguno todos. Anoche, sin embargo, aparecieron los nueve.

A Nuria, «la mocosa», ya se la ve recompuesta y no gasta un paquete de *kleenex* por sesión, aunque de vez en cuando observo que regresa alguna lágrima a su rostro. Es una adicta al café y suele acompañarlo de algo dulce. Luis sigue como si le hubiera pasado una apisonadora por encima, y no me refiero a que de frente tenga el tamaño de una persona tipo medio vista de perfil, me refiero a que no le llega la voz al cuello, ni los cuellos de su camisa le oírían de ponerse a hablar. Manu, el imponente, sigue sentando cátedra cuando expone sus opiniones y su altura no hace sino convencer de ellas.

El del traje arrugado del primer día, Mateo, viste informal y deportivo, y no suele afeitarse, tampoco tiene la barba muy poblada. El bajito cachas, Miguel, seguramente hace deporte, pesas o algo así, se le ve pequeño pero con músculos; a veces bromea, aunque la risa no es estentórea entre sus amigos, como corresponde a una etapa de duelo. La joven que se mordía los labios creo que se llama Victoria, les he oído llamarla Vicky. Por último, está Adriana, la onicófaga, ¡madre!, no querría estar entre sus manos en un momento de pasión, probablemente sería capaz de masticarme como quien masca un chicle; desde luego es nerviosa un rato, pero resulta agradable, siempre se dirige a mí con una palabra amable, un gracias, un por favor, y con una sonrisa, triste, pero sonrisa al fin y al cabo, en los labios.

Ignoraba los nombres aún del desgarrado y sumiso, que solo había vuelto un día por aquí, y de la flamenca, que había estado dos, pero no me coincidió escuchar el suyo.

Según entró por la puerta a eso de las nueve, Helena echó un vistazo a la clientela. Le gusta mirar a qué tipo de gente servimos. En ese momento, se hallaban dos parejas junto al ventanal, una pandilla de cinco mozalbetes que habían estado jugando al billar y a la diana hacia el centro y, al fondo, los nueve de los que le había hablado la semana del veintitrés. Habían pasado diez días, pero hay informaciones y vivencias que no se olvidan así como así. Fue verlos y cruzó una mirada conmigo, le hice un gesto de asentimiento y supo que estaba en lo cierto. Ellos eran los que yo suponía amigos de Jero, el de la esquila.

Enseguida se propuso enterarse de algo más. Se sentó en la mesa más cercana a la suya y sacó un libro. No había suficiente luz para leer demasiado, pero creyó que así pasaría más desapercibida. Unos minutos después fui hacia ella y le pregunté si quería algo, charlamos distendidos un poco, sin que los de al lado sospecharan, y me volví a la barra. Le preparé un gintónico y se lo acerqué. No entraba gente nueva a la que atender. Descansaría unos segundos. Me medio senté a su lado para seguir de cerca la evolución de la quedada de los nueve, y agucé el

oído para atender a mi novia al mismo tiempo que hilvanaba lo que escuchábamos de la conversación del grupo. Helena obraba igual.

Intuimos que la flamenca regordita era Claudia, ya que se dirigieron a ella como Clau. Yo, en mi mente, la había bautizado como Lola, le pegaba más. Y oímos llamar Gaby al pazguatillo, así que el que nos faltaba se llamaría Gabriel.

La mocosa flaca, Nuria, les dijo que había preguntado a la gente con la que el fallecido había estado aquella mañana y que, cuando se fue, Jero estaba perfectamente. El perfil de hombre, Luis, añadió con lentitud que había intentado contactar con «la chica», pero no había habido suerte. Manu cantó con su potente voz que, tal vez, deberían dar parte a la policía de sus sospechas. A Mateo, con su perfecta barbita perfilada y una camisa que no había visto la plancha desde que la compró, solo le oímos susurrar: «¿Quién se lo iba a decir!». Gaby miraba de hito en hito y corroboró la propuesta de la voz cantante: «Creo que estás en lo cierto, Manu, deberíamos...». No le oímos acabar la frase, pero supimos lo que seguía. Comprobé de reojo que Victoria se quitaba algunas pieles de sus labios, tanto mordérselos no podía ser bueno, mientras Clau se levantaba y se sentaba como si la pinchara el culo. Cuando esta se acercó a Manu, que era casi tan alto sentado como ella de pie, soltó: «No podemos seguir así. Tenemos que hacer algo. O tomamos cartas en el asunto o damos parte».

Claudia parecía muy resuelta. Miguel la miró como un niño que observa una chuchería a través de un escaparate, y pegaban por la hechura compartida. Adriana dejó sus uñas para respirar y preguntó: «¿Cómo lo hacemos? Merece que resolvamos...».

Helena y yo nos miramos, ¿estábamos ante un caso de asesinato o de mala suerte?

No quiero adelantarme a los acontecimientos, me gustan las novelas de misterio y tengo un carácter fantasioso e hipocondriaco. Es probable que solo fueran pajas mentales mías. Pero... ¿y si no?

**Domingo 6-7-2014**

El fin de semana ha pasado con más pena que gloria. Yo he venido, aunque no me toca, por los días que me tomé de más para mis vacaciones. Pepe me los quiso perdonar, pero yo me negué.

Z no se ha dejado ver, y ya van... ¿qué?, ¿tres días seguidos? Y apenas he podido pegar la oreja cuando aparecía el comando funeral. No me he enterado de nada nuevo. El jefe me ha advertido que no haga tonterías. ¿Quién soy yo para meterme donde no me llaman?

—Esa mujer no es trigo limpio —me dijo en cuanto salió ella del local el jueves por la mañana —, hay algo oscuro a su alrededor. ¿Por qué siempre viene a la misma hora y sola?

—¿Su horario de trabajo?

—¡Una mierda! ¿A cuántas ves cada día que salgan de su curro y se desayunen medio *Gato*? — Las expresiones gruesas no encajaban con su estilo. Tenía que estar muy preocupado o iracundo para usarlas. Pepe es un bendito.

—¿No puede ser justo ese ratuco el que le dan de descanso? Tendrá el metabolismo rápido y no engordará. O habrá desayunado muy pronto y a media mañana come, lo hacen muchos *guiris*.

—Sí. O se dedica al oficio más viejo del mundo... y de ahí el desgaste.

—Eso son meros prejuicios.

—Eso es experiencia, chaval. A mí no me la dan.

Cada vez estoy más seguro de que acierta, pero yo no doy mi brazo a torcer. A cabezón no me gana. Además, ¿sería lícito que me desentendiese del asunto sabiéndolo y creyendo como creía, dados los golpes, que en tal caso lo desempeñaba contra su voluntad? Barajé contárselo a Helena, a ella le encantan las pelis de misterio, las novelas de intriga, y es tan curiosa como yo. Pero ¿cómo se lo tomaría?, ¿tendría que explicarla mi atracción?, ¿se tragaría que simplemente me había fijado en una necesitada de forma tan casual?

El único aliciente ha sido la pandilla de Juan Carlos y Lucía, que ha venido hoy. Hemos estado recordando tiempos pasados y he aprovechado para darle la nota que Pepe guardó bien.

—Lucía, tengo algo para ti.

—¿Lo has encontrado?

—A mi jefe, no se le despista una, lo guardó bajo un libro que hay junto a la caja registradora por si en algún momento volvías por aquí.

—Te daría un beso si no estuvieras comprometido —bromeó—. Me han contado que tu novia se llama Helena...

A mí me sorprendió la familiaridad con que me trató y la sonreí.

—Pero no viene de Troya sino del pueblo de al lado, así que no creo que me dé problemas —  
bromeé también.

**Lunes 7-7-2014**

La tarde estaba siendo tan aburrida como la mañana cuando a eso de las 7 han entrado Nuria, Manu y Mateo. Le acababa de decir a Pepe que iba a marchar. A él no le importa cerrar y me cubre todos los ratos que me hacen falta. Bueno, al revés, igual. Somos un tándem perfecto. No creo que tenga nunca otro jefe mejor. El caso es que me he desdicho para su sorpresa y le he pedido, casi rogado, que se vaya, que ya cierro yo. Sus ojos lo decían todo: «Mira, chaval, que a mí no me la das». Pero, Amalia, su mujer, andaba hoy pachucha y sé que le vendría bien irse pronto a casa. Una llamada a Helena y solucionado.

En el fondo, de no ser día de compra semanal, ¡vaya rollo, qué gozada si me desentiendo!, o que hayamos quedado para ir a un cine, no tengo nada mejor que hacer. Los lunes no deberían existir. Son un día estúpido, se renquea en el trabajo, se añora el fin de semana anterior y se desea el próximo, tan lejano...

Nuria ha venido a la barra para pedir una segunda consumición. Cuando me he acercado para llevársela, Mateo decía que Jero había quedado la tarde anterior a... con «la susodicha», esa misma expresión ha usado, y que ella no se presentó. Mientras recogía la mesa de al lado, escuché apenas:

—Tendría que concertar una cita para preguntarle.

—¿Un servicio? —se extrañó Manuel.

—Bueno, más o menos, solo hablaríamos. Así no se enteran.

—¡Qué asco! ¡Qué gentuza! —exclamó Nuria—. No deberíamos pensárnoslo ni un minuto más, deberíamos ir a la poli.

—¿Aunque carezcamos de prueba...?

No pude mantenerme por más tiempo cerca. Hubiera levantado sospechas. Cada vez tomaba peor cariz la cuestión. Y me volví a la barra, que en momentos así me resulta una celda de castigo. Y no es que *El gato que ladra* sea una cárcel, todo lo contrario, es que yo soy ave migratoria, aunque permanezca anclado en esta ciudad a la que poco me ata. Mi hermana María trabaja en Barcelona. Nos llamamos mucho, pero nos echamos de menos más. En breve me hará tío.

Para mi sorpresa, unos minutos más tarde, se dirigió la joven hacia donde yo estaba.

—¿Nos podrías dejar un boli?

—Por supuesto —alcancé uno de publicidad de *El gato* y se lo regalé—, toma.

—¡Qué chulo! Enseguida te lo devuelvo.

—No hace falta, puedes quedártelo por ser tú, a los buenos clientes hay que cuidarlos —coqueteé.

Me sonrió, me hizo un gesto con la mano de agradecimiento y se fue a sentar al fondo. Aquella mesa cada día que pasaba se convertía más y más en su oficina.

**Martes 8-7-14**

Hoy martes ha abierto el local Pepe. No le cuesta madrugar y yo tenía que arreglar unos papeles. ¡Menos mal! Anoche Helena estaba muy cariñosa y nos hemos acostado a las mil quinientas. Cuando he llegado faltaban diez minutos para las doce. Temí que la mujer de blanco hubiera estado ya y se hubiera marchado, pero no ha sido así.

Según me iba acercando me ha deslumbrado el destello de sus prendas en el cristal, no he corrido por no parecer idiota, pero el corazón se me desbocaba y quería asomarme a su mesa antes de haber traspasado la puerta. En cuanto he entrado la he saludado y me ha devuelto el saludo con un movimiento leve de cabeza. Aunque no ha olvidado su tic de mirar a lo lejos a través de la ventana como si temiera algo indefinido. A la velocidad del rayo me he puesto el uniforme en el cabrete y he bajado. ¿Es una apreciación mía o cada vez distancia más sus almuerzos en *El gato*?

—¿Necesita algo, señorita?

—No, grrracias, todo bien —se ha puesto nerviosa y ha vuelto a mirar por la ventana.

—Un desayuno gratis por saber qué miran esos maravillosos ojos —se me ha ocurrido decir sin pensarlo y ella se ha sobresaltado.

—Nada, nada, lo horrrizzonte —ha añadido azorada—. ¿Puede cobrrrarme?

—No tenga prisa, le invito a lo que quiera —he insistido y me he arrepentido nada más soltarlo.

—Otrrra ocasión, talll vez.

—De acuerdo, perdone que haya sido pesado.

—No serrr pessssado tú—y en el alargamiento de esa ese me ha parecido que se contradecía.

Cuatro palabras y ya estoy feliz para el resto del día. ¡Anda! Ahí llegan Bea, Mario, Lucía y Juan Carlos. Hay jornadas que son más amenas que otras. ¿Se habrá puesto en contacto con sus hermanos?

—Bienvenidos, ¿os pongo lo habitual?

—Bienhallados en el garito más majo de toda la ciudad... —Juan Carlos se muestra especialmente contento.

—Lo mismo, sí —han dicho al unísono los otros tres.

—Me alegre, nuestro garito es vuestro garito —he respondido al cuarto.

Con mi diligencia habitual dispongo las cuatro bebidas, un cuenco con frutos secos y otro de patatas y les sirvo.

—¿Conseguiste localizar a tu hermano, Lucía?

—No, se habían mudado de esa casa. Y el teléfono no se corresponde con el de ningún abonado —un chasquido de desánimo y un gesto descendente de sus labios me ha convencido de su desilusión.

—No te puedes dar por vencida —dice Juan Carlos.

—Claro, tonta, Zamora no se tomó en una hora —añade Bea.

—Quizá las indagaciones que está llevando a cabo Víctor den su fruto.

—Lo lamento, pero es pronto para tirar la toalla. Si no, acude a un detective o a un programa como aquel de Lobatón, ¿no hay alguno de ese tipo ahora? —he sugerido yo.

**Miércoles 9-7-2014**

Este miércoles amanece de turbón. Anoche se pilló un enfado Helena descomunal. Tuve que madrugar para abrir por la revisión de Pepe en el hospital. Y la mujer de blanco no viene.

Creo que voy a comer aquí cualquier cosilla. Amalia ya está como una rosa, no le duran nada sus dolencias, como las personas de antaño es inquebrantable, resistente como un roble. Ha venido a las 11:30 tras acompañar a su marido a consulta. Todo correcto. Los análisis confirman que no hay índices tumorales, ¡no queda rastro del bicho! ¿Qué sería de mí si lo pierdo? ¡Qué egoísta es el cariño! Se preocupa por lo que se pierde más de lo que se alegra por lo que se tiene, o teme quedarse solo más que odia que a quien se ama desaparezca.

—Amalia, cielo, ¿has hecho suficiente para un comensal más? Creo que tomaré el menú del día. Cocinas como los de Masterchef.

—Para mi pipiolo... —me hace gracia esa palabra que usa el matrimonio—, ¿cómo no va a haber?

Amalia, la mujer de mi Pepe, es la cocinera de *El gato que ladra*. Como no tienen hijos, casi me han adoptado. Son a cual más agradables. Si hicieran una competición, quedarían empate. La quiero mucho, casi la tengo por una segunda madre. A ella le gusta Helena y me ha pedido que la cuide bien. Si es consciente de mis andanzas con las clientas, no suelta prenda. Ni para bien ni para mal. Es tan discreta como Pepe. Ya se sabe, dos que duermen en un mismo colchón son de la misma condición; si no, acabarían como el rosario de la aurora o en divorcio.

Son las seis de la tarde y asoman Claudia, Mateo, Nuria, Adriana y Luis. A ver qué hay de nuevo.

—Buenas tardes, ¿qué os pongo?

—Un café con leche corto de café en taza —me pide Nuria, a la que le da un escalofrío repentino—, últimamente no pego ojo, voy a tener que cortarme con la cafeína...

—Yo, un café solo con hielo —pide Mateo, embutido en una de sus camisetas multiarrugas.

—Y a mí otro —solicita Adriana.

—A mí, una cervecita bien fría —dice Claudia—, para luchar contra el calor...

—¿Y tú, Luis?

—Yo, uhmmm —sopla. Ha pasado del mutismo a la indecisión completa—. Ponme lo de siempre, me da igual que sea de cañero. Las de botellín tienen más cantidad y no me entra.

¡Coño! Nunca le había oído hablar tanto tan seguido. Este chico es el que más evoluciona.

Incluso igual ha ganado cincuenta gramos desde que lo conocí hace poco más de dos semanas.

Según les he puesto la consumición en la mesa, se han mirado entre ellos y, acto seguido, se me han quedado los cinco mirando como si fueran a pedirme algo peliagudo, pero enseguida se han vuelto atrás.

—¿Necesitáis otra...?

—No, disculpa, estábamos... cavilando sobre una cosa... pero no —ha cabeceado negativamente Nuria. Y se me han puesto los dientes largos por saber qué urdían.

Sacan una libretita y Mateo va tomando notas. ¿Apuntando las sugerencias de cada uno? ¿Qué demonios tramarán? No me puedo acercar otra vez. No hay motivo. Ni siquiera para ofrecerme para lo que dudaron si pedirme o no.

A las siete, al ir a recoger la vajilla usada, me han pedido otra ronda. Son las ocho menos cuarto y siguen ahí, hoy no parecen dispuestos a marcharse. Miro en su dirección y pillo a Claudia y a Nuria, que no me quitan ojo, pero ajenas a que me he percatado. Diría que están barajando la posibilidad de solicitarme alguna labor secreta. ¿Seré de fiar ya para ellos? ¿Sabré llevarla a cabo? Esta es la mía para merodear a su alrededor un poco más, y como que fuera cosa de ellos.

—¿Queríais...?

—No, nos preguntábamos si tú sabrías... si has visto alguna vez...

—Espabila, Adri, que no muerde —le han dicho sus amigas.

Nuria le ha arrancado la libretita a Mateo de las manos, la ha abierto por la primera hoja y me la ha extendido para enseñarme una foto de carné en color, de esas que todavía se hacen en habitáculos de fotomatón por las calles o en las grandes superficies. Se ve a un joven apuesto que... que... me suena. Sobre él una chiquilla que... ¿qué tendrá?, ¿será mayor de edad? Parece hispanoamericana o filipina, no se advierte muy bien. Entre que no sobra la luz y la foto es pequeña.

—¿Reconoces a la chica?

Les he mirado a los ojos, expectantes, y me he tomado mi tiempo.

—No... sé. Él... me suena. ¿No es el joven que falleció en un accidente de moto?

—El mismo. Sí.

—Creemos que lo provocaron —añade Luis, mientras los demás le dirigen una mirada de reproche—. ¿Qué? ¿Él también se hará preguntas, u os creéis que se chupa el dedo? —ha salido en su defensa y en la mía para mi sorpresa.

—Lo que está por demostrar es que fuera un accidente como consta en las diligencias de la Guardia Civil de Tráfico —ha pontificado Mateo. Cuando Manu no está, ¿tomará él las riendas del grupo?

—No fue la Guardia Civil sino la Policía Local la que hizo el atestado. Cueto se considera vía urbana —le han rectificado.

—Lo que sea. No me convence esa versión.

—¿Y si estáis tan seguros por qué no vais a la policía?

—¿Con qué pruebas? —se ha quejado esta vez Adriana. Veo sus dedos llenos de padrastrós y sus uñas reducidas a la mínima expresión.

—Me gustaría poder ayudaros, pero no sé cómo hacerlo. Si vuestro amigo alguna vez recaló por aquí, o yo no estaba o no lo recuerdo. Sí que me sorprendió una de sus esquelas. Supongo que la pusisteis vosotros. Si queréis, puedo hacer una foto con mi móvil a vuestra imagen y preguntarle a mi jefe. Es un tipo genial y observador. Cuando yo no estoy, atiende él. Tal vez los reconozca.

—¡Buena idea! —ha dicho Nuria.

Así que, dicho y hecho, he fotografiado la imagen con mi móvil y me han dado sus teléfonos. Si me entero de algo, les he prometido llamarlos. Antes de que se me traspapelen, los guardo en contactos. El comando funeral aún no come de mi mano, pero ya empiezan a verme como un igual.

Ojalá Pepe se fijase en ellos. Amalia no creo, apenas sale de la cocina y es muy distraída. «Somos el yin y el yang, nos complementamos», me dice mi Pepe cuando le vacilo con lo distintos que son en ese aspecto.

Al menos el día ha terminado mejor de lo que empezó.

**Jueves 10-7-2014**

Hasta las ocho de la tarde ha sido un día aburrido en el que nada fuera de lo corriente ocurría. Gente que entraba y salía, habituales y espontáneos, funcionarios, algún chiquillo, un par de familias despistadas... Después, ha cambiado lo anodino por lo complicado.

Entre atender a una mesa y a otra no he escuchado mi teléfono. Miro y la llamada perdida es de un número desconocido. ¿Qué me querrán vender? Dos minutos después repiten. ¿Y si fuera...? Desde el día tres ya ha tenido tiempo, así que descuelgo, si no ya me los quitaré de en medio con viento fresco.

Una voz muy nerviosa y apagada de mujer pide ayuda. Para cuando me oigo preguntar quién es, mi sexto sentido ya sabe que es la mujer de blanco y me tiembla hasta el paladar. Han entrado otros clientes, pero tendré que hacerles esperar, a ella no la voy a dejar colgada. Me lo prohíbe mi religión.

—Samu, Boyka Svetlana habrra. Yo... mi amiga... crrreo estttá ennn peligrro.

—Dime dónde estáis y voy —me ofrecí sin pensarlo dos veces.

—¡Nooo! ...muyyy peligrroso —escuché y temí que hubiera alguna interferencia o que cada vez se la atragantase más el español—. Van matarrla.

—Pues llamo a la policía y que os localicen.

—Nooo, piorrrr, no debí llamarr.

—No cuelgues, espera, explícame qué os pasa y dime cómo puedo ayudaros.

—Luegggo —susurró y colgó sin esperar a despedirse.

También he aprovechado para enseñarle a Pepe la foto de Jero y esa exótica chavalita. Lo que me ha contado no deja lugar a dudas, él me ha preguntado por qué lo quería saber, pero como le he contado de la misa la media, no ha sumado dos más dos. Así todo, creo que anda con la mosca detrás de la oreja. Y que le haya pedido que se lo cuente con todo lujo de detalle a sus amigos no ha hecho más que hacerla revolotear. Pero ha accedido a narrárselo. Por lo pronto los he emplazado para la tarde de mañana viernes a las seis.

Pepe es un lince. Me ha notado algo inusual y me ha preguntado por la mujer de blanco.

—No sé... —he respondido poco convincente.

—Samu... te va a crecer la nariz.

Desde luego este jueves ha sido un día de avances, aunque no muy halagüeños. ¿Qué me deparará mañana?

**Viernes 11-7-2014**

El «luego» de Z me tiene esperando desde hace quince horas. Son las once y ni ha llamado ni se ha asomado por aquí. ¿Y si se pasase a verme por el bar el sábado o el domingo, que son mis días de descanso? ¿Debería advertir a Pepe de que si viene me llame? ¿Lo haría? El reproche de ayer me dice que no:

—Samu, hazme caso, hijo, a ver si te vas a meter en un lío. ¿No sería mejor que, si crees que alguien la maltrata, lo denuncies en donde hay que hacerlo?

—No te empeñes, si puedo ayudarla, lo haré.

—Siempre haciendo de Supermán. ¿Y Helena? ¿Qué dice ella de todo esto? ¿O no lo sabe?

—Para qué la voy a preocupar.

—O sea que es algo preocupante, lo que te digo. Mira, tú eres un ca-ma-re-ro —silabeó como si yo no lo supiera—, no un policía ni un detective privado, déjate de hostias y apenca con tu vida en exclusiva, ¿no has tenido bastante?, ¿para qué quieres más?

—Me va la marcha. Tú avísame si viene —le corté.

¡Ojos que lo ven! Ha reaparecido uno de los hermanos de Lucía a media mañana. Creo que es el mayor. Me ha explicado que les contrataron fuera y que tuvieron que cambiar de teléfono. Regresa por si hemos vuelto a saber de Lucía y para dejarnos sus números actuales, esta vez dos contactos, los de los dos hermanos. Qué alegría se ha llevado cuando le he dicho que su hermana está al tanto de que la buscan, que fue a su dirección y los llamó pero no obtuvo respuesta, y que cuenta los segundos para volver a verlos. Me sugiere que concierte una cita sorpresa, además de apuntar el teléfono que ella nos había dejado por si acaso, y que la organice para mediados de la semana que viene. Se lo prometo y se despide de mí con un abrazo imprevisto.

Le he asegurado que será una sorpresa. ¿Cómo me lo montaré para atraerla el miércoles, por ejemplo, a media mañana o a media tarde? Ahora que recuerdo, Juan Carlos también dejó el suyo por si en una de esas corría prisa localizarla y no podía, el de ella andaba mal. Aún quedan cinco días y no tengo espera.

Con la disculpa de que me ayude a organizarlo y que la traiga sin tener que inventarme nada sospechoso, aprovecharé para pedirle el teléfono de su amigo el poli, Víctor, para ponerle al tanto de ambos casos: el de Z y el de Jero. Pero... ¿y si Juan Carlos me pregunta para qué? No quiero entrar en detalles con él. Bueno, algo se me ocurrirá.

He buscado su número y lo he marcado. Ha saltado el contestador y le he dejado aviso, aunque no sé si será de los que acuden al buzón de voz para escucharlos. Si no recibo pronto su llamada, insistiré. De momento, lo he grabado en mi agenda para que no se me «traspapele».

—¿Hola? Me han llamado... —Enseguida suena el mío.

—Hola, Juan Carlos, soy Samu —me he dado a conocer sin dilación.

—¡Hombre! ¿Hay buenas noticias?

—Las mejores. Esta mañana ha reaparecido uno de los hermanos de Lucía. Me ha dejado su nuevo número de contacto y me ha pedido que la convoque para mitad de semana sin que sepa para qué.

—Genial, se llevará una gran sorpresa.

—He pensado que tú podrías traerla, no sé, ¿el miércoles?, sin que sospeche. Si la llamo yo... Mejor te doy su número y ya os ponéis de acuerdo vosotros. No vaya a ser que a alguno de los tres les venga mal el día y la hora concretos...

—Tío, estás en todo. Muchas gracias. Me pongo a ello en cuanto colguemos. No sabes qué feliz la va a hacer.

—Por cierto —he dudado—, podrías darme el de tu amigo Víctor, es... por un asunto personal...

—Ah, sí, claro, ¿tienes dónde apuntar?

—Sí. Tomo nota.

—El de Víctor es... 678-91-50-92. Dile que llamas de mi parte y date a conocer desde el principio. No le gusta que le llamen desconocidos ni que demos su teléfono a cualquiera.

—De acuerdo. Gracias.

Estoy preocupado. Son las dos y me acabo de ir de *El gato*. A Pepe le ha extrañado que apure tanto. ¿Intuirá por qué? Nuestros horarios son bastante flexibles, lo mismo meto doce horas que cuatro, no me preocupan las extras. Paga bien y acepta sin rechistar las horas que le digo que hago, en realidad las apunto porque él se empeña.

—Lo olvidado ni agradecido ni pagado.

—Si a ti no se te olvida un minuto. Me pagas más de lo justo. Si hago de más, por cuando no completo...

—Pocos jóvenes hay tan trabajadores como tú. Los empresarios decentes debemos reconocer las horas extras como tales.

—¿Y los días que no hago las ocho? ¿Por qué no me las restas a razón de extras también?

—Anda, anda, no digas bobadas, aparta de ahí. ¿Quién me va a heredar los caudales?

—Habló Millonetis...

—Casi... —y nos dio un ataque de risa que zanjó la cuestión.

Se va acercando el momento de que llegue el comando funeral. Estoy seguro de que lo que me contó Pepe podría ser de sumo interés para ellos. En cuanto les sugerí que vinieran para que él se lo relatase de primera mano les faltó tiempo, ayer mismo hubieran venido, pero se lo hice desear.

¡Qué pañuelo este mundo! Quizá alguno de los mocos de Nuria ahora esté en mi mano. El azar tiene una raza que parece un toro Miura. El dios de las probabilidades debe de ser un cachondo.

Cualquiera le cuenta a mi Pepe todo lo que intuyo del comando. Ufff, tendría sermón para rato. Su miedo paternal es igual de agobiante, a juzgar por lo que les oigo a otros hijos y nunca llegué a saber. Me quiere como a uno, pero no estoy para historias lacrimógenas. Mi amor filial murió hace casi treinta años y no estoy dispuesto a recuperarlo para sufrir tontamente. Lo aprecio mucho, sí, pero eso no le da derecho a intentar gobernarme.

Ahí llegan. Primero Nuria, Mateo y Gaby; después ha entrado Adriana, sola; acto seguido, Miguel con Claudia; más tarde Luis y Victoria, por último, Manu, que se ha hecho esperar un cuarto de hora. Todos ellos están impacientes.

Pepe hace rato que ha vuelto. Al mediodía suele estar el matrimonio para servir comidas. A las cuatro y media he llegado yo, más temprano que otros días, y ellos se han subido a su piso, que queda justo al lado, a descansar. ¡Cuántas veces me habré quedado yo ahí! Creo que su habitación de invitados la consideran mi cuarto. Pero a las seis menos veinte ya lo tenía aquí. ¿Se habrá echado su pequeña siesta?

Unos días tanto y otros tan poco...

**Viernes 11-7-2014**

Son las seis de la tarde. Estamos todos.

—¿Los conoce? —le pregunta Manuel enseñándole la foto como si no supieran por mí que sí. En ocasiones, hay que dar un rodeo para llegar a la meta.

—Sí, hubo una temporadita, ¿qué serían?, ¿tres o cuatro meses escasos?, que acudían bastante por aquí. ¿Por qué lo queréis saber? —les escudriña mientras los nueve se cruzan miradas de temor, incertidumbre o nerviosismo, no sabría precisar.

—Son buenos amigos nuestros —mintió a medias Manu—. Se han ido de vacaciones a un país de Asia y nos aseguraron que nos llamarían en cuanto llegasen. Ya ha pasado una semana y no hemos tenido noticias tuyas, ni nosotros ni su familia, estamos preocupados.

—¿A cuál?

—A... ¿cómo se llamaba? —solicita a sus amigos que le echen un cable.

—¡Camboya!, ¡Laos! ¡Timor! ¡Vietnam! ¡Palaos!

—responden al unísono sin control. Si en lugar de nueve hubieran sido doce, habrían enumerado media Asia como si el profesor de Geografía les estuviese examinando en la escuela.

—¿En qué quedamos? —Pepe los mira de hito en hito con desconfianza, pienso que sopesa si le están tomando el pelo o esos nueve son idiotas. No creo que se le pase por la cabeza que estén secundando una trola. Aunque conociéndole, igual estoy equivocado.

—Es que iban a hacer una ruta por varios países del sudeste asiático. No sabemos por cuál empezaban y, como siempre van a la aventura, no tenemos una agencia adonde acudir a preguntar. Lo poco que contrataron lo hicieron por Internet —intenta salvar la historia Nuria.

—¿Y qué importancia tiene si yo los he visto...? A mí no me contaron ninguno de sus planes... —Enmudecen y me miran por si yo consigo sacar a flote su cuento. Y sí...

—Mira, Pepe, esta es su novia, se iban a casar en dos meses —le señalo a Nuria a voleo. Después toco en el hombro al «arrugado», que se le da un aire, si no se tiene en cuenta su *look*, frente al impoluto de Jero a juzgar por la foto—, y este, su hermano. Los demás son amigos...

—¿Y? Cada vez entiendo menos.

—Creen que por alguna razón que se les escapa se lio con esta chica y... —Nuria interpreta su papel a la perfección obligando a que una cortina de agua vele sus ojos. El resto permanece tan callado como el mudo, a la expectativa de mi salida del entuerto—... solo quieren contactar con él para saber que está bien y rehacer sus vidas, olvidarle si es necesario, pasar página ella, saber a qué carta quedarse para plantarle cara cuando vuelva, si es que vuelve...

Me siento mezquino con la sucesión de mentiras que he ensartado. ¿Se merece mi protector este trato por mi parte? Gimotea ahora en serio Nuria y eso quizá le termina de convencer. Pepe se dispone a abrirse ante esos desconocidos.

—A ver, chicos, no quiero ser grosero, pero ¿no puede ser que se asustase con un paso tan decisivo y quisiera poner tierra de por medio? Para algunos el matrimonio son palabras mayores.

—Venga, dispara, no te hagas de rogar.

No sé si esta salida de tono mía o las miradas expectantes de los nueve obra el milagro. Y empieza a largar.

—No estoy seguro de cuándo fue la última vez que los vi por aquí. Tal vez haga tres semanas o... cuatro —dudó y miró directamente a los ojos a Nuria—. Lamento decírselo tan crudamente, señorita, pero en mi opinión esos dos estaban enamorados, parecían unos pipiolos, bueno él, ella lo era. La primera vez que los vi por aquí..., a mí no se me despinta una cara...

—¿Cuándo fue? —interrumpe Manu.

—A eso voy, ten paciencia, muchacho, que esta es la madre de la ciencia...

—Peepee, no te desvíes, que están en ascuas —le reconvengo.

—Vale, vale, no os soliviantéis. A ver, dejadme que haga memoria, sí..., yo creo que fue a mediados o finales del invierno —medita, con los dedos índice y corazón apostados sobre su sien derecha—. Ahora caigo, creo que fue en Carnavales. Recuerdo que el primer día que asomaron su careto por aquí, la niña y... ¿cómo se llama el... adultero o... el infiel? Si les pongo nombre me resulta más fácil.

—León y... me habíais dicho que Clara, ¿no? —me anticipo a su respuesta verdadera. Ellos asienten un poco perplejos, me dejan hacer, saben que yo soy quien mejor lo conozco. Estos ignoran que Pepe no da puntada sin hilo y que lee la prensa a diario. Aquella esquila nos sorprendió a los dos. No quiero que caiga en la cuenta...

—Bueno, pues recuerdo que entraron una tarde de finales de febrero o principios de marzo, creo, no recuerdo exactamente en qué días cayeron los carnavales este año, es la vejera, ya llegaréis... —Nuria vuelve a gimotear y él prosigue tal vez para distraerla—. Me sorprendió la diferencia de edad. Yo hubiera jurado que ella tendría quince o dieciséis, aunque el desparpajo era de mayor. Él se acercaría a los treinta. Por el color de la piel supuse que no eran parientes, e imaginé que Clara era un flete de León.

—¿Un flete? —pregunta Victoria.

—Un ligue, ¿ya está desusada esa palabra? El paso del tiempo deja huella en nuestro vocabulario —filosofa Pepe—. El caso es que se sentaron al fondo, no daban la nota porque no se mostraban acarameladitos, pero, sin duda, había algo entre esos dos. Enseguida llegó una pandilla que conozco del Cristóbal Colón, iban disfrazados de soldados todos ellos, y muy bien, por cierto, por eso calculo que fue en carnavales, y se pusieron a jugar a la diana y al billar —con la mirada le insto a que no se vaya por las ramas y endereza el cuento—. Más tarde los chavales juntaron dos mesas al lado de ellos y les pidieron las dos sillas que les sobraban para sentarse. De ese día poco más recuerdo. Sí que León me pareció muy educado. En expresión de mi época, yo lo

definiría como galante; y Clara... menos clara, no sé cómo explicarlo. Él se me asemejaba a una mosca revoloteando junto a una tela de araña, y ella se mostraba más que como una araña como una mantis religiosa. No sabría decirlos por qué lo pensé, por el tamaño no, no, era bastante menuda.

—¿De ese día recuerdas algo más? ¿Con qué asiduidad venían? A mí no me coincidió verles nunca o no reparé en ellos —reencauzo la conversación.

—Regresaron a la semana. Y después venían cada tres o cuatro días, hasta... su desaparición. Llegaban y se ponían en la parte de atrás, en esa mesa, la más cercana a la pared, pasado el arco que lleva a los lavabos. Si uno no está al tanto o no conoce el local, ni se percataría de que estaban. Recuerdo que pensé si se escondían por lo de la edad. Hablaban bajo y guardaban la compostura, sobre todo él, así que no me enteré de gran cosa.

—¿Eso es todo? —interviene Manu con un deje de desilusión.

—No me caracterizo por husmear en los asuntos de mis clientes —le recrimina Pepe.

—Perdone, no quería decir eso —rectifica Manu, aunque en sus labios pedir perdón suena a exigirlo.

—Ahora que recuerdo, una vez les oí... —se calla y se queda mirando la pared de la izquierda como si esta le ayudase a recordar algo que se le resiste. Los segundos se suceden como si hubiera pasado no un ángel sino una bandada de ellos—, sí, creo... una vez... ¿hacia cuándo sería?, ¿abril?, ¿Semana Santa? —titubea—, cerca de mayo, seguro, lo recuerdo porque tú te ibas a ir en breve de vacaciones, y te fuiste en mayo, ¿no...?

—Yo estuve del veinticinco de abril al cinco de junio, recuerda que te pedí unos días más.

—Pues sería hacia finales de abril.

—¿Y qué pasó?

—Parecían preocupados. Ella no lloraba, pero casi. Él no paraba quieto con el sobre de azúcar. Al recoger la consumición de los de al lado, le oí a León: «Tenemos que organizarlo. Ahora o nunca». Y ella respondió: «¿Y si nos pillan?». Me pareció entenderle a él que le respondía: «Habría que jugársela». Si lo escuché, lo imaginé o lo inventé, no sabría asegurároslo, pero cuadra con la fuga.

**Viernes aún, 11-7-2014**

Los nueve le han dado las gracias por su ejercicio de memoria. Pepe les ha respondido que esperaba haberles servido de algo y se ha retirado hacia la barra. Luego se han despedido de mí con dos besos cada chica y un apretón de manos ellos. Luis además me ha dado un abrazo. Me cae bien este cachito de chaval; aunque le tenga que mirar dos veces, seguro que es de los que luego destacan y se hacen visibles por sí mismos. Me ha resultado entrañable.

Nada más irse. Pepe se me ha enfrentado:

—¿Te crees que me chupo el dedo?

—Sabes que no. Eres sagaz como una perdiz... —he intentado bromear, pero no le ha hecho ni puñetera gracia. Y para distender la situación—. ¿Quieres que cierre hoy yo?

—No me cambies de conversación. ¿Qué demonios pasa? En cuanto me lo expliques puedes marcharte con viento fresco —su enfado siempre es grandilocuente, sé que estoy perdonado antes de la reprimenda, le sienta tan mal como a un santo dos pistolas.

—Nada, ¿qué va a pasar? La novia tiene derecho a...

—Observa esta cara y este sencillo bar. Por aquí ha pasado de lo más granado de la sociedad —con un gesto del brazo ha señalado los 200 m<sup>2</sup>—. Y estas paredes han visto cómo se resolvían muchos asuntos y cómo se enquistaban otros. Es lo que tiene estar en medio de la ciudad...

—¿Adónde quieres ir a...?

—A que a mí no me engaña ni el Tato —me ha interrumpido—. Así que desembucha...

Resoplé, y le conté parte de lo que sabía. Que el tal León se llamaba de verdad Jero y que era el de aquella esquila que tanto nos había llamado la atención, que sus amigos del «comando funeral» sospechaban que no había sido un simple accidente y que nada sabía de la jovencita de la fotografía.

—Pues entérate —y extendió el índice a la altura de mis narices—. Para mí que se dedicaba a la vida... A ti sí te lo puedo contar.

—Te lo parecen todas —me quejé yo.

—¿Y no acierto siempre?

Me tuve que morder la lengua, Pepe era de los que donde ponía el ojo ponía la bala y no decía una palabra que no se sustentase en una realidad.

—Júrame que no te vas a meter en asuntos que te son ajenos, hijo, todo esto me da mala espina. He llegado a pensar si no habrá por aquí alguna casa de citas clandestina. Tal vez se conozcan esas dos.

—¿Quiénes?

—Unas veces licenciado y otras cateto —me ha soltado—. ¿Quiénes van a ser? Tu mujer de blanco y esa morenita.

¡Anda!, ¿y si tiene razón mi Pepe?, ¿cuándo se ha equivocado en cosas importantes? No había caído en que pudieran estar relacionadas. El otro día Z mencionó a una amiga en peligro. No le conozco a ninguna. Siempre viene sola. ¿Y si se trata de la misma chica? ¡¿Cómo no?! Pepe abriéndome los ojos por más información que yo le oculte.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —me ha sobresaltado y he vuelto en mí.

—No había caído en la cuenta de esa posible relación. Gracias, Pepe.

Le he dado un beso en la frente y me he largado antes de que me asalte a preguntas.

De camino a casa me he dedicado a conjeturar. Si intentase «ligar» con mujeres de la vida, ¿adónde tendría que acudir por esta zona? Si ambas recalaron en *El Gato* es porque no estará demasiado lejos de su lugar de trabajo ni demasiado cerca para que puedan ser pilladas en falta. ¿Se anunciarán en la Red? Y he trazado un plan. Al fin y al cabo, no es tan alocado si a Mateo y a Manu les oí un día algo similar.

Saco el móvil y le pregunto a San Google: «Casas de citas cerca del Ayuntamiento». ¡No puede ser tal fácil! La lista de enlaces que ha surgido es increíble, ¿tanta gente desesperada hay?, deberían poner coto a estos anuncios. ¿Por dónde comienzo? Veo que según entro me hacen un interrogatorio, edad, sexo, qué deseo... Como tenga que llamar un día Helena desde mi teléfono, se va a mosquear, las cookies y todos esos permisos y claves que piden me lo llenarán después de basura porno.

He tardado casi cinco horas en desentrañar este maremágnum pornográfico y de prostitución. Se lo he tenido que explicar a Helena, era lo mejor. Y ha colaborado en discriminar qué lugar interesa. Lo de la mujer de blanco se lo he contado a medias, claro, sin decirle que le di mi tarjeta de visita, que me atrae y me alegra las mañanas... Simplemente le he dicho que es una cliente sobre la que Pepe tiene sus sospechas y, por eso mismo, podría conocer a... como demonios se llame que bauticé Clara, es curioso que el primer nombre que me saliera fuese el que menos pegaba con el color de su piel. Mi subconsciente me traiciona. Se me ocurre lo contrario a la realidad.

Entre las fotos de tías enseñando tetas, culo o felpudo y haciéndose sugerentes caricias no he visto a ninguna de las dos. Pero hay una tapadera a dos manzanas de aquí y, aunque piden muchos datos para dejarte acceder, lo hemos conseguido. Pasado mañana sin más tardanza me he citado con una y he contratado el servicio de otra para que me acompañe alguno del comando. ¿Con dos días de antelación será normal? Les he contado la milonga de un viaje de negocios. Llamaré a Manu. Se extrañará de mi exceso de celo y tendré que añadir mi propia historia y mentar a la mujer de blanco.

Marco el número de Manuel y como no me lo coge le mando un audio por wasap, un viernes por la noche estará de juerga. Le digo quién soy, por si él no me ha agregado a sus contactos y le explico mis últimas averiguaciones. También me quejo de que me empiecen a asaltar con anuncios de mujeres tratadas como mercancía. Dudo que me responda.

Lo bueno de la búsqueda es que Helena se ha puesto como una moto y, aunque odio reconocerlo, la excitación nos ha llevado a un encuentro sexual como hacía meses que no teníamos, y en el que la cena ha ampliado nuestro apetito. Al final, esto va a tener su lado positivo.

Unos pocos minutos después de terminar nuestra particular película de dos rombos, me he levantado a orinar. Ella se ha dormido y ocupa el noventa por ciento del colchón, su postura en equis se asemeja al hombre de Vitrubio, con piernas y brazos estirados. Es más de medianoche. Me voy para el salón, donde descansa mi móvil.

Ahora que me fijo, parpadea la luz del móvil y un número creciente en blanco sobre un círculo verde se marca a la derecha del wasap de Manuel. Las dos uves azules muestran que ha leído mi mensaje. Le parece atrevida la idea, pero está conforme. Me pregunta si es muy tarde para llamar y le digo que no, que aún estoy despierto.

Acabo de recibir su llamada.

—¿Digaméee? —he alargado la sílaba final sin tener en cuenta el acento. Sé que es él, pero le voy a probar a ver cómo responde. Tampoco es cuestión de arriesgarme yo solo. Sé que ellos barajaron hacer algo igual.

—Hola, Samu, he leído tu mensaje —me repite innecesariamente—. ¿Cómo no se nos habrá ocurrido a nosotros antes? —miente no sé por qué, tal vez para no tener que reconocer que no se atrevieron a llevarlo a cabo, como yo tampoco voy a admitir que los oí—. Te agradezco lo que estás haciendo. He pensado en acompañarte yo. Se lo he contado a estos y Luis, que te diré que es informático y te eliminará todos los anuncios detestables, quizá pueda acompañarnos, aunque hayas pedido cita solo para dos. Como si fuera un espontáneo. Si lo echan, ¡qué se le va a hacer! No es que sea un gran refuerzo, pero lo que su cuerpo no aporta lo hace su mente prodigiosa.

—Por mí perfecto. No he estado nunca en un sitio de esos y no me gustan un pelo.

—¿A qué hora las has concertado?

—A las ocho y media de la tarde. No tenía ni idea de cuándo pedir. Opté por una hora que no fuese muy temprana y nos permitiese llevar a cabo lo que planeemos a lo largo de la mañana, ni muy tardía para darnos tiempo suficiente a descansar, que el lunes es día de trabajo, por lo menos para mí.

—Bien, mándame la ubicación del lugar y nos vemos el domingo los tres.

Hoy ya es mañana. Son las doce y veinticinco de la noche y siento un nerviosismo poco usual. Iba a llamar a Víctor, pero tan tarde...

Aunque queda más de un día y medio, la taquicardia me ha atacado sin darme tiempo a pensar con la cabeza fría. Si no vemos a ninguna de las dos por allí, escogeremos a las que nos parezcan más dicharacheras, total no vamos más que a hablar, y por un buen precio, ¿cuánto cobran por polvo?, había varias tarifas según el servicio, no he querido contratar ni la más cara ni la más barata y lo he dejado en veremos, como que no me habían quedado claras. ¿Pagarán los que van asiduamente con dinerito contante y sonante o con tarjeta? Los gastos no desgravan en Hacienda y si pillan el extracto sus parientas...

Si conseguimos información, lo de menos será cuánto nos cueste. Lo que nos importa es que el tiempo que nos dediquen sea productivo para lo que nos hemos propuesto, y no que nos convenzan sus «trabajos manuales», como diría Pepe.

**Sábado 12-7-2014**

He dormido una mierda. Oía la respiración profunda de Helena y no hacía más que pensar qué sería de mí si no la hubiera encontrado a ella. Es guapa, lista, curiosa como yo, y buena, aunque con un pronto de mil demonios si no le salen las cosas bien. Sabe adónde vamos a ir mañana y participa en gran medida de nuestras investigaciones. Pero me siento un miserable por no haberle contado todo lo que se me pasa por la cabeza cuando veo llegar al bar a la mujer de blanco.

Helena es el futuro, diáfano. Z es un presente incierto, como todo lo que me concierne. La veo y siento esa pega que atrapa a los pájaros pequeños, y contra la que su revoloteo solo sirve para embadurnarlos más.

Es muy pronto para llamar a Víctor. Igual ha salido anoche. Me he levantado a las ocho de la mañana, aburrido de dar vueltas en la cama y pelearme con la sábana. Y sigo haciendo tiempo. Tras desayunar lento, me he puesto a leer la última novela de Jo Nesbo. Esperaré hasta las once o las doce. Seguro que me echa la bronca por meternos en la boca del lobo.

No aguanto más. Las doce menos veinte es una hora prudencial. Marco su número y espero una, dos, tres, cuatro, cinco llamadas.

—¿Sí? —me pregunta una voz despejada.

—Víctor, hola, soy Samu el de *El gato que ladra*.

—Ah, sí, dime, ¿pasa algo?

—Verás, no sé por dónde empezar. Seguro que son paranoias mías, pero temo que necesitemos ayuda, y la de un policía puede ser crucial.

—¿Necesitemos? ¿Tu novia y tú?

—No, te explico...

Y le conté lo mejor que pude la historia de Jero y la de la mujer de blanco, las sospechas que teníamos acerca del accidente de él y del oficio de Z y de la morenita, la fantasiosa decisión de indagar en el prostíbulo *Sueño azul* al que acudiríamos al día siguiente y la esperanza de que ambas se conociesen y compartiesen chulo, madame o lo que sea que las esclavice. Víctor silbó entre la admiración y el descrédito.

—¿Cómo se os ocurre meteros en algo así? ¿Estáis locos? Si trabajan para una banda organizada de trata de blancas tenéis todas las de perder. No se andan con chiquitas. Son capaces de cualquier...

—Busca la esquila del veintidós de junio de Jerónimo Saiz Mendizábal, haz el favor —le interrumpí y le di un minuto para que se conectara...

—Ya he encontrado dos, ¿qué tienen de particular?

—¿No hay una tercera en que solo pone Jero?

—Ah, sí, ahora la veo.

—Léela.

Esperé otro minuto a ver si a él le causaba tanto impacto como a mí el día que la leí en el periódico.

—Cuando menos es curiosa. ¿Y ese «RIP o no»?

—Ahí comenzó todo. Esa misma tarde llegaron sus amigos, a los que para mis adentros nombré como el comando funeral, y a quienes espí hasta que me hice con su complicidad y me enseñaron la foto de que te he hablado. Luego nos enteramos por Pepe de la relación del muerto con la niña esa.

—No te voy a negar que yo hubiera hecho exactamente lo mismo. Pero YO —recalcó— me dedico a ello y vosotros sois una pandilla de aficionados.

—Lo sé, por eso me he decidido a ponerte en antecedentes. Por si... nos pasase algo.

—No os voy a dejar ir solos. Pásame el enlace por wasap e intentaré concertar yo también una cita para las ocho o las nueve. A idéntica hora sería sospechoso. Si me dicen que ya están ocupadas, subiré la apuesta, estos tíos se perecen por el *money*. Seguro que hay tarifas más bajas o más altas dependiendo del servicio...

—Sí, yo he concertado una media, aunque no he cerrado el trato porque, les he escrito, no estaba seguro.

—Menos mal que me lo has contado. Además, podré investigar algo hoy sábado, que estoy de servicio. Desde la comisaría resulta más fácil acceder a las distintas bases de datos. Veré si cruzando información encuentro algo de dicha casa.

—Te lo agradezco. Estoy seguro de que sonsacaremos a alguna y si, encima, te enteras tú de más...

El resto del día lo he pasado paseándome del retrete al sofá. Me ha debido sentar mal lo que he comido. Y ahora toca sentarse bien de continuo en el trono...

**Domingo 13-7-2014**

Esta noche tampoco he dormido a pierna suelta. Helena ha intentado tranquilizarme con palabras y con hechos. Pero los nervios me mantienen alerta.

—Ya verás cómo va todo bien. De todas maneras hacia las nueve te llamo. Si hay algún problema, me lo dices y llamo al 112. Cuantos más, mejor. Solo Víctor y sin arma, por ducho en defensa que sea, no puede hacer milagros.

—Igual la lleva siempre encima.

—Ideemos un mensaje clave tipo: «Me gusta ir a la playa por la noche. ¿Nos bañamos juntos luego?», con la hora en que se supone que vas a salir de allí, como que estuvieras quedando con otra persona. O algo similar. ¿Qué opinas?

—¿Y qué se supone que te voy a transmitir? —No entiendo el galimatías que propones.

—Si hay problemas me dices: «No me da tiempo a ir a la playa esta noche, como habíamos quedado», y te inventas quehaceres a las horas concretas en que necesitas algo: que mande una patrulla, que te vaya a buscar...

En el fondo, Helena se divierte, seguro que no ve peligro y piensa que su novio hipocondriaco le ha adornado la historia con conjeturas de protagonista de peli de acción tipo B. ¿Cómo va ella a venir a buscarnos a un puticlub?

—Te has vuelto loca.

—Loquita por tus huesos. —Y, por si se me ocurre dar más de mí de lo necesario y de las palabras pasamos a los convincentes actos, me advierte—. Ni se te ocurra cometer una locura, que por ahí no paso.

Se va haciendo la hora y me despido. En diez minutos me encontraré con Manu y Luis. Me despido con un beso en los labios y el corazón en la boca, y salgo de mi hogar con la cabeza ideando escenas en que Z me hace el hombre más dichoso, aparte de presentarme a la Clara morena y ayudarme a desentrañar un poco este enredo.

—Hola, Manu, Luis —ya están cuando llego al bar de la competencia donde hemos quedado. Les doy un apretón de manos y nos tomamos unos minutos para concretar cómo llevar a cabo nuestro plan.

—Trae para acá el móvil —es lo primero que me dice Luis—, voy a evitar que te asalten con mensajes indeseables y enlaces cutres.

Mi cara de sorpresa le hace gracia, enreda un rato en ajustes y me descarga a través de Play

Store un antivirus gratis y potente. Cuando me lo da, me asegura que no solo me he deshecho de estos sino de las llamadas publicitarias gracias a la lista Robinson o no sé qué.

—Te lo agradezco, Luis.

—¿Qué te parece si nosotros que somos dos entramos cinco o diez minutos antes?

—Vale, pero yo entro también.

—Si vemos a algún maromo con cara de asesino, te avisamos y abortas la operación.

—Recordad que no he dado nuestros nombres. Tú, Manu, te llamas Julián y yo, Javier. Tú puedes llamarte como quieras, Luis, pero tu amigo tiene que saberlo. ¿Cuál prefieres?

—¿Jesús?

—¡Con dos jotas más hacemos un jamón! —he añadido. Se han reído de mi salida y nos hemos sentido un poco más relajados—. Estoy pensando... Vosotros dos iréis en mi lugar y el de mi acompañante, si consigo que admitan otra cita... ¡Dejadme uno de vuestros aparatos! No vaya a ser que se den cuenta desde qué línea se conciertan.

O tenían muchas mujeres de servicio o el domingo era un día flojo para la profesión, porque no me pusieron ningún problema. Así pues, determiné, Manu-Julián, Luis-Jesús, Víctor y yo-Javier éramos más que suficientes, todo un equipo A.

Barajé la posibilidad de confesarles que me había puesto en contacto con Víctor, a quien además le había hecho una descripción pormenorizada de los dos amigos, y que también Helena sabía algo. Pero temí que pensarán que no sabía mantener la boca cerrada. Irse de la lengua no es digno de un gran investigador.

Cuando llegase haríamos como que no nos conocíamos ellos dos y yo, igual que había convenido en hacer con Víctor, quien por otra parte no creo que se hubiese cruzado nunca con Manu y Luis en *El gato*, así que estos dos darían el pego sin proponérselo con respecto a aquel. De esta manera, no sospecharían que los cuatro teníamos algo que ver, y el papel de putañeros nos saldría natural.

Llegué a las ocho y treinta en punto. Ellos habían entrado hacia las ocho y quince, y Víctor tardó un buen rato. Yo estaba acodado en la barra viendo cómo Manu y Luis buscaban chicas de su gusto. Uno dijo que le atraían de piel clara, como del Este. El otro, las morenitas. Pronto se sentaron en una mesa con una de aspecto ario y otra que parecía caribeña. Ninguna de las dos eran las que buscábamos.

Tendríamos que insistir nosotros en el servicio de alguna con semejantes características. Supuse que ellos también habrían fotografiado la imagen de Jero y «Clara» para enseñársela, como yo, que además se la había reenviado a Víctor. Si nuestro policía había descubierto algo ayer, no me había llamado para contármelo.

Yo me decanté por una del Este, ucraniana, rusa... Me hicieron esperar un cuarto de hora y me presentaron a... ¡Z! No me dio un soponcio porque sabía que me exponía a hallarla. Ignoraba cómo actuar y ella palidecía o se ruborizaba intermitentemente. Menos mal que la escasa luz de

aquel pub no dejaba a la vista para los descuidados lo que para mí era evidente. Vistos desde fuera resultaríamos graciosos. ¿Pensaría que había ido de casualidad o que intenté encontrarla y adiviné a qué se dedicaba?

Se las invitaba a unas copas antes de llevarlas a la habitación. Nos alejamos hacia una mesa a unos metros de distancia de la de los dos «amigos viajeros» y comencé a romper el hielo. Una escalera de caracol ascendía y descendía a otras plantas. Aquella casa de citas debía de tener, así pues, al menos, tres.

¿Serían las nueve cuando lo vi asomar? Al entrar, Víctor barrió con la mirada la segunda planta del local. En ella se situaban unos baños, la barra y una gran zona de asientos muy cómodos alrededor de mesa bajas con variados cócteles. En una de ellas, los dos jotas estaban con sendas chicas que nada tenían que ver con la de la foto ni con la que yo le había descrito. Un poco más allá me vio con una jabata con un top lencero blanco y una minifalda con flecos también blanca, cuyos rasgos dejaban poca duda sobre su origen. Supondría que era mi ucraniana, la mujer de blanco, y se decidió por la obscena petición que dejó caer en la red al contactar. ¿Qué credenciales se habría inventado para convencerles de que era de fiar?

Ojeé la escena. Detrás de la barra, un tipo de mala catadura llamó por medio de una especie de *walki*. Un par de minutos después llegaba una chiquilla morena que no aparentaba más de quince años a través de una minúscula puerta junto a los estantes de botellas. ¿Era ella? ¿Tenían menores? Enseguida Julián y Javier subieron con sus chicas. Y Víctor, sin demorarse, bajó con la suya.

Recuerdo que pensé: «No dejan beber ni comprar alcohol hasta los 18». ¿Y a esa preciosidad oscura? ¿La dejarían beber con sus clientes o solo prostituirse? El incumplimiento de las leyes rebosaba de contradicciones. ¿En qué mundo vivíamos?

¿A las muy jóvenes las mandaban abajo? Iba siendo hora de que yo subiera con la mía.

A la salida no hemos coincidido. Me siento fatal. Helena no se merece que la engañe. ¿Cómo negar que anhelaba lo que sucedió? Tampoco me he atrevido a mandarles mensajes de ninguna clase a los dos amigos. Ni siquiera a llamarlos por teléfono.

El lunes a primera hora hemos quedado Luis y yo para intercambiar impresiones. Manu trabaja y cedió para que fuéramos poniéndolo en común, ya se lo contaremos cuando salga. Cuando llegue Víctor, le explicaré quién es y por qué está allí. Me da la sensación de que Luis estará avergonzado, como yo. Y Manu y el menda, también sobrepasados por la pila de sandeces que habremos tenido que hacer para sonsacarlas, o por iniciativa propia oculta tras esa aura de investigación. Víctor ya tuvo que escribir asquerosas barbaridades ayer para dar el pego como corruptor de menores.

Cuando he llegado a casa, Helena me ha preguntado qué tal. Yo sentía unas terribles ganas de llorar por todo y le he contestado que había sido muy desagradable, que no tenía ganas de charlar sobre el tema y que me acostaba, que estaba rendido.

—Tendré que aplazar mi curiosidad —me ha dicho sonriendo y me ha besado en los labios. Yo me he negado a abrirlos y le he devuelto un beso frío, temeroso de que notara algún efluvio que no me pertenece.

—Mañana será otro día.

**Lunes 14-7-2014**

Nos encontramos a las diez de la mañana en *El gato*. El lunes no es un día para tener muy buena cara. Esta ha sido la tercera noche consecutiva que casi no pego ojo. Me siento tan miserable, aunque lo que Z me ha confesado tal vez nos ayude. La tienen retenido el pasaporte desde que la trajeron con diecisiete años, pero le dan cierta libertad para salir porque se fían de que no haga tonterías. Lleva unos quince años sin darles ningún problema y se ha ganado su... ¿respeto?, ¿consideración? A cambio, solo la han pegado cuatro o cinco veces. En una ocasión tuvieron que llevarla al hospital, fue el primer año, ya cumplidos los dieciocho. Nunca más se le ocurrió rebelarse hasta ahora. No sé si yo tengo algo que ver.

No quiero complicarme con una mujer así. Pero tampoco ella tiene la culpa, la culpa se quedó viuda. Debo intentar sacarla de este sórdido mundo como sea. Aunque me cueste la vida como a Jero.

Ya están aquí. Luis lo ha reconocido de ayer por la tarde. Lo primero que he hecho ha sido presentarlos, y pedirle disculpas a Luis por no haberle contado antes que él estaba al tanto y también iba a ir a *Sueño azul*.

Clara ha terminado por llamarse Eliassen Rimpel y ser hija de cubanos nacida en Haití. La tienen retenida bajo coacción, con la promesa de devolverle su pasaporte y a su hermana mayor, que trabaja en una... «sucursal» de ese negocio en otra población. Hace casi dos años que no se ven, así que supongo que lleva desde los catorce ahí. El poli me ha pedido que me calme, que ha de extraer información de no sé qué archivos. De hecho, hubiera husmeado más o recogido alguna huella, si no se hubiera dado cuenta de que había una diminuta cámara en una esquina, a la que Eliassen miraba de reojo. Supongo que pondría ojos de asombro, porque me soltó: «Sí, no te quedes pasmado. Ni es habitual ni es ético, pero estamos hablando del inframundo y de menores de edad».

Tuvo que idear desnudarse, sacar unos condones y el dinero, que dejó sobre la mesita, y entrar al baño interior con su bolso, uno de esos tipo «mariconera» —palabras textuales que ahora, con la limitación del lenguaje políticamente incorrecto, pocos se atreverían a usar—, no fuera a ser que se metiera alguien en la habitación, fagara qué llevaba en él y le pillaran sus utensilios de análisis y el carné de policía. ¡Menos mal que no habían sospechado de él y que no le había cacheado el matón de la puerta! Quizá tampoco tuviera muchas ganas, se le veía un corsé bajo la camiseta y el brazo izquierdo en cabestrillo, producto lo más probable de alguna riña. Para contribuir a que el papel que representaba fuera fiable, la alzó en brazos, jugueteando con lanzarla al aire aprovechando que no pesaba gran cosa, y la metió con él allí. En la cámara quedaría convincente el tonto del musculito y la ninfa. Luego fingieron un par de dilatados orgasmos mientras dejaban correr el agua de la ducha. No tuvo que explicarle demasiado para que soltase prenda: cómo conoció a Jero en una despedida de soltero tempranera de la que ella fue la guinda y en la que terminaron en aquel garito, cómo se propuso ayudarla, defraudado consigo mismo por

haber acabado allí y desengañado con la gentuza que se aprovecha de extranjeras desvalidas y que, incluso, fuerza a menores a prostituirse.

—Tenía un gran corazón, *mon amour*. Me prometió sacarme de aquí. Pero... incumplió su promesa.

—Se lo impidieron.

—El veintiuno por la tarde le fallé yo. No pude deshacerme de la vigilancia a que me tenían sometida y le di plantón. Pero habíamos quedado sin aplazamientos para la mañana del veintidós de junio. En lugar de encontrarnos en *El gato*, decidimos vernos pronto en el parque que está junto a Correos, luego rectificamos por a la puerta del Ayuntamiento. No sé bien por qué. Si uno de los dos no podía asistir a las 10, nos encontraríamos a las 6 en el bar de siempre. Él nunca —acentuó— llegó por la mañana. A mí me fue imposible por la tarde. No sé si me siguieron o qué, pero nada más regresar a la casa me retuvieron. De nada me sirvió patear y gritar. Lo único para recibir. Creí que me mataban. No acierto a entender cómo se enteraron...

—Jero tuvo... un accidente esa misma mañana.

—¡Dios mío! ¿Qué le pasó? ¿Fue grave? —balbuceó con el terror plasmado en las pupilas y un tembleque que amenazó con hacerla caer.

—Falleció.

La muchachita se echó a llorar, convencida de que había sido demasiada casualidad y atacada por la culpa.

—¿Nos habrían descubierto? Procuramos tener cuidado. Le advertí de las cámaras, hablábamos de espaldas a ellas, nos metíamos en el baño, cuchicheábamos como si fuera parte de nuestro flirteo. Pero quién me dice a mí que no oyeron algo, o que sospecharon simplemente porque venía mucho, como si estuviera encaprichado de mí, y no hacíamos nunca nada que pudieran grabar. A lo sumo unas caricias y unos besos... por disimular —suspiró profundamente—. A mí me gustaba...

Y a mí me dio más vergüenza de mí mismo, si cabe. No me había percatado de las cámaras, ni tuve necesidad de fingir gracias a que, aleccionado por las series y novelas, hablé a su oído por si había escuchas, y a que Boyka se me dio en cuerpo y espíritu, con esmero, y me devolvió bajito, mientras me mordía la oreja, cuanto había estado callando hasta entonces. ¿Y si lo habían grabado? ¿Solo me importaba mi integridad moral? ¿O que Helena se enterase? No sé cómo se sentirán los actores porno, pero no era una sensación de suciedad lo que me corroía, sino de torpeza y turbación.

La vez que la vi marcada la habían golpeado diez días atrás, el veintidós precisamente, por defender a Eliasen, que estaba fuera de sí montando un espectáculo porque no la dejaban volver a salir. Andaba llorando por todos los rincones y negándose a entretener a sus clientes. La arrastraron por el suelo y la golpearon delante de todas como escarmiento y para demostrarles que con ellos no se jugaba. Pensó que la iban a matar y se interpuso. Les pidió que no fueran bestias, que ella mediaría para que la niña entrara en razón... Las encadenaron en un habitáculo al que las llevan cuando se portan mal. No está en ninguna de las plantas a las que tuvimos acceso.

Luis nos contó que Manuel no había conseguido sonsacarle nada interesante a la suya, que de la

foto solo conocía a la niña y no sabía quién era el otro. Al poco de salir de allí anoche, el flaco había llamado a Manu, quien le confesó que la chica se daba tan buena maña y tenía tan poco interés por contar nada contra sus jefes que él se dejó hacer. Espero que en su habitación no hubiera cámaras. Según Z, hay en todas las de abajo, que son de menores y menos curtidas; y no en todas las del piso de arriba, donde están las que llevan más tiempo.

Luis también le enseñó la fotografía a la joven que le tocó, Lissette le dijo que se llamaba. Como era de esperar solo reconoció a la morena. No sacó nada en claro, salvo que era muy desgraciada y no podía cambiar su suerte. Le dejó el dinero sobre la cama sin deshacer, porque aquello le asqueaba, y le dio un beso en la mejilla. En uno de los billetes había escrito previamente su número a lápiz. Le pidió que lo copiara en un lugar seguro y que lo usara si necesitaba algo que estuviera en su mano. No sabe si su habitación tenía cámara, sí que tuvo la previsión de que estuvieran tumbados boca abajo cuando le enseñó la foto. Tal vez su cuerpo sí diera para tapparla.

Esta tarde habíamos quedado con Manuel hacia las siete. Ni ha venido ni ha disculpado su ausencia. Tampoco sus amigos han podido contactar con él. ¿No es extraño que justo hoy no aparezca? He llamado a Víctor para contárselo.

Cuando he salido del local, casi a las nueve, seguía sin dar señales de vida. A las doce menos cuarto me ha llamado el poli. Habían recibido un aviso en la comisaría de un hombre golpeado y malherido al que tiraron a la puerta del hospital. Los médicos han dado parte de oficio al Juzgado y este a la policía por la gravedad de los hechos. Y ha resultado ser Manu...

Víctor ha ido por la tarde. Le habían tomado ya declaración, pero poco contó. Los matones que le habían pegado esa paliza intentaron convencerle de que no debía meter las narices en sus asuntos. A Víctor, que le ha revelado que yo le había pedido ayuda, que le había enseñado la foto, y al que recordaba haberlo visto por allí, quizá con la niña de Jero, sí le ha confiado que le pusieron una navaja al cuello y le hicieron jurar que no volvería por el local de citas haciendo preguntas. Está seguro de que ella se chivó, aunque cuando le ha explicado que había cámaras en muchas de las habitaciones, ha reconocido que no se fijó en que hubiera ninguna. Tampoco las habría visto, camufladas como estarían en cualquier huequito de la pared con papel pintado a la antigua usanza o en algún objeto del mobiliario...

—La que me he ganado —se le quejó—, y encima sin sacar nada...

Pobre, no se merecía que le molieran a palos, pero los sinvergüenzas que le dieron para el pelo han demostrado de lo que son capaces. Le han roto dos costillas y el tabique nasal y tiene medio cuerpo lleno de magulladuras.

Cada vez estamos más seguros de que tuvieron que ver en el oportuno accidente de Jero. Ahora solo falta probarlo.

**Martes 15-7-2014**

Llevo pensando toda la mañana de hoy martes en Manu. Lo mismo podía haber sido yo el apaleado. Luis no se ha sorprendido cuando se lo he contado a primera hora, estaba seguro de que le había tenido que pasar algo a su amigo para que nos diera ese plantón.

Me vibra el móvil en el bolsillo y estoy sirviendo en la mesa cuatro. Termino y me dirijo a la cocina para cogerlo justo cuando deja de sonar. Veo el número desde el que me han llamado, corresponde a un fijo. No puedo soportar más. ¿Y si es Z que intenta comunicarse conmigo? Devuelvo la llamada y reconozco la voz que se pone. No sé si se habrá percatado de su torpeza o lo ha hecho a propósito. Si está en esa maldita vivienda, podrían aguzar el oído y deducir... Por si las moscas he aprendido a llamar con número oculto: #31#.

—¿Qué tal esstá tu amigggo?

—¿Cómo lo sabes?

—Aquí se sabbbe... todo.

—¿Cómo?

—Oí conveerrrsación. Y mi amiga Valenssska... ha recibido también.

—¿Quieres decir que la han pegado? ¿Y cómo no se acerca a denunciar?

—Cuando ocurrrre, no dejan chhhicas salirrrr en temporada larrrga.

—Fuimos cuatro: Manu, el de Valenska; Luis, el que entró con él y estuvo con una morenita, Lissete; Víctor, que bajó con la pequeña haitiana, Eliasen, y yo. ¿Sabes si sospechan de alguno de nosotros tres?

—Preguntarron a morrrrena de Luis por sí... Ella convencióoo que su chico no dijo nada rrarro.

—¿Crees que se lo han creído?

—Puesss... sí, talll vezzz.

—Dime qué he de hacer para ayudarte.

—Esss impossible.

—¿Qué le han hecho exactamente a Valenska?

—Han roto un brrrrazo y sangrrró mucho por boca. Le han puesto... esca...yola.

—¡Joder! ¡¡¡Valiente hijos de puta!!!

—Shhhh. No grritar, porrr favorrr.

—Lo siento. ¿Qué puedo hacer?, dime.

—Nada, mejorr dejarr las cossssas assí.

Luego ha colgado y no he podido volver a comunicar. Seguramente ha dejado descolgado el teléfono.

**Martes 15-7-2014**

Mañana por la tarde es el gran evento. A las seis llegará Lucía para verse con sus amigos. A las cinco y media Juan Carlos vendrá a ponerme al tanto de cómo lo ha organizado. Estoy deseando que ella y sus hermanos se reencuentren.

Hoy por la tarde hemos quedado todos los involucrados: los nueve, bueno, los ocho, Manu sigue hospitalizado en observación, y Víctor y yo. Daremos vueltas al asunto sin llegar a ningún puerto. Nos haremos cruces de la mala suerte de Manu. Les contaré que esta mañana me llamó Z. Aunque... ¿para qué?

Hacia las siete ya estábamos los diez en *El gato*. Lo primero que he hecho es explicar a los restantes amigos de Jero quién era Víctor y en qué medida tenía que ver con el caso. Después les hemos contado los tres nuestras pequeñas averiguaciones prostibularias y por qué suponemos que han golpeado a Manuel. Les veo en los ojos que empiezan a tener miedo y me agradecen que haya incluido en el plan al policía.

Nuria ha estado hace unas horas a ver al herido. Está lleno de moretones y rozaduras, pero lo que más le duele son los pinchazos de las costillas.

Todos están seguros ya de que Jero fue asesinado porque pretendía escaparse con la niña para que pudiera cambiar de vida. Lo que no entienden es por qué no pidió ayuda a la policía en lugar de protagonizar él su salvación. ¿Estaría enamorado de ella y como era menor se sentía mal? Sabían que se veían desde aquella fatídica despedida de soltero de un amigo de la carrera de Miguel y de él. Intuían que no solo pretendía un acto de caridad sino que le gustaba. Días antes les confesó que se la iba a llevar lejos el veintidós. No les dijo adónde, cómo ni por qué no pedía ayuda a los agentes del orden. Tampoco creyeron que fuera tan peligroso.

El atestado de la Policía Local se atuvo a las huellas de frenado y a los fragmentos del chasis del vehículo. Los agentes comprobaron que no había en la zona obstáculos para la visibilidad y tomaron las fotos pertinentes... No obstante, hay algo que nos dice que no, que los hechos no ocurrieron como simulan, que alguien disfrazó de accidente un asesinato en toda regla...

Víctor ha resuelto consultar el informe del forense por mediación de un amigo del Ministerio Fiscal, y repasar con un amigo de la Guardia Civil de Tráfico los datos del accidente. Lo que se pide como amigo tiene bula, y le evita chocar con el otro Cuerpo de Seguridad por problemas de competencia. Además, anda con trámites diversos que, si no me equivoco, guardan relación con... Este tío es un campeón, brillante como él solo. Lo que daría por introducirme en su mente, ¡menudo hervidero! No sé si vale más por lo que manifiesta o por lo que oculta.

**Miércoles 16-7-2014**

Acaba de entrar Juan Carlos, media hora antes de a la que Lucía está convocada. En breve llegarán los otros. A todos les venía bien el miércoles. Solo Lucía puso alguna pega que su amigo consiguió que se esfumara en cuanto la insistió, quería hablar con ella de un asunto importante, creo que la mentó a su exmarido.

El grupo se sentaría en la dos. Sus hermanos, en la tres. A ella le dejarían un sitio de espaldas a estos, por si el parecido familiar le hacía descubrirlo antes de tiempo. Yo entraría en acción y le contaría que han llamado, que ya no trabajan aquí. Vamos, la verdad relativa, lo que el mayor de ellos me contó la semana pasada.

Ha llegado el resto, incluidos sus parientes. Se han presentado, han intercambiado algunas frases y a eso de menos veinte o menos cuarto se han sentado cada uno en su lugar, no vaya a ser que Lucía, que es muy puntual, se adelante y nuestro gozo en un pozo.

Los hermanos se han sentado uno enfrente de otro. Llevan ropa estándar, intercambiable con la de cualquiera de su edad en cualquier parte del mundo.

De los cuatro amigos de Lucía se han puesto dos, Mario y Víctor, frente a los anteriores; Bea, de espaldas al cristal y Juan Carlos, de espaldas a sus hermanos. Al lado suyo queda la quinta silla vacía. El momento peliagudo será cuando llegue. Si ella no se fija en los dos sentados en la tres, la sorpresa estará salvada.

Luego hablaré en un aparte con Víctor. Manu sigue en el hospital.

—Buenas... ¡Qué pronto habéis llegado! No sabía que habíamos quedado todos —ha dicho Lucía dirigiéndose a Juan Carlos.

—Me encontré ayer a estos dos —señaló a Bea y a Mario—, les comenté que habíamos quedado hoy aquí y como les apetecía venirse les pedí que avisasen a este otro. Pensé que hay que recuperar el tiempo perdido.

—No, genial, lo único... que igual se aburren. ¿No tenías algo nuevo que contarme de mi ex?

—Hay tiempo, no solo de pan vive el hombre.

Yo sabía cómo iba a comenzar la entrevista, pero de todas formas andaba revoloteando entre las mesas uno, dos y tres para pegar la oreja. Cuando escuché la frase clave del pan, me acerqué y actué como si hubiera estudiado Arte Dramático.

—A ver, ¿qué os faltaba por aquí?

—Lo habitual —dijeron todos menos Juan Carlos que se pidió un marianito.

—Un poco pronto ¿no crees? —un leve reproche sonaba en la voz de Lucía.

—Por cierto —me dirigí a ella—, ayer me llamó uno que dijo ser tu hermano Lucas.

—¿¡No!?! —me miró estupefacta, por un momento dudé sobre cómo acabaría la sorpresa—. ¿Y qué te dijo? ¿Dónde están? ¿Están bien? ¿Por qué no funcionaba su teléfono? ¿Le dijiste que había vuelto por aquí?, ¿que fui a la dirección que dejaron?, ¿que me encantaría verlos...? Seguro que es demasiado tarde, se habrán aburrido de esperar a que a mí me viniera en gana reencontrarlos, qué mala hermana he sido...

—Me dieron este nuevo teléfono... —se lo entregué copiado en un papelito blanco y se levantó de improviso.

—Lo primero es lo primero, chicos, me han sobrado treinta años, pero no voy a demorarlo un minuto más. No podría perdonármelo.

En ese mismo momento se han levantado los que quedaban a su espalda.

—No te tortures. A nosotros nos ha llevado un tiempo similar —le ha dicho uno de ellos.

Los espectadores teníamos la piel de gallina, ellos tres igual. Han tardado unos segundos en reconstruir sus caras de niños en esos rostros adultos. Sus voces suenan húmedas y temblorosas como si hablasen en medio de una cueva.

—¿Lucas?, ¿Román? —Lucía ha extendido sus manos y ha tocado las suyas como si fueran las de dos fantasmas.

—Sí, por fin, Lucía.

Se han abrazado, se han besado, han llorado y ella ha sonreído a sus amigos y a mí. Sabía que lo habíamos organizado. Ellos me han dado las gracias y las han hecho extensivas a todos.

—Nos la habéis cuidado muy bien estos años.

El reencuentro entre los hermanos parecía una película melodramática ideal para una sobremesa de domingo.

**Miércoles 16-7-2014**

Lucía les había agarrado de las manos, y no sé por qué pensé en el corro de la patata. La infancia es un territorio que nos aúna a casi todos los seres humanos, vamos a ella como las polillas a la luz. Y en los juegos de antaño hallamos las claves de hogaño.

—El tío no era un mal tipo, después de todo. Se desvivía con prisas continuas en la City londinense para que el sueldo alcanzase a su «familia numerosa» —hizo el mayor el ademán de comillas con sendos dedos de las dos manos—. No nos faltaba de nada. Ni a sus propios hijos ni a nosotros.

—Aunque en el trato —apostilló el menor — se notase la diferencia...

—La tía era otra historia. Se comportaba como un cero a la izquierda a la hora de estrechar lazos entre hermanos y primos. Siempre nos hizo sentir los huérfanos. Nos ponía la comida en el plato y la ropa limpia a la hora justa y necesaria —Román rememoró aquellos años, miró al suelo y susurró—: Ni un mimo ni un abrigo de los que no tienen tejido.

—El problema es que al tío apenas se le veía, y cuando llegaba a casa estaba tan cansado que ni una carantoña nos dedicaba a ninguno de los cuatro. Sin embargo, había algo en él, en su tacto rigurosamente tierno o en su mirada lejanamente cercana, que nos hacía sentirnos parte de su engranaje familiar. Compartir genes y las mínimas imágenes del pasado que recordábamos nos convertía en una especie de puzzle familiar que algún día podría llegar a terminarse.

—Tú, Lucía, con lo que te queríamos, empezaste a difuminarte como un sueño en unos meses. Creo que aún seguíamos en España.

—Os robaron la escasa memoria que puede perdurar en dos niños de tan corta edad. Con siete y cinco o seis años escasos, ¿cómo demonios ibais a recordarme?

—Lucía, tú solo tenías uno más que yo.

—Pero era la mayor —movió la cabeza a uno y otro lado como para eliminar los malos recuerdos.

—A veces pensaba que nunca habías existido, que eras una especie de amiga imaginaria —añadió el pequeño—. Luego rememoraba las comidas en silencio sepulcral de los domingos, sin levantar los ojos de la sopa porque un padre acérrimo del perfeccionismo nos daba con sus cubiertos en los dedos si cogíamos mal los nuestros o si, con destemplado tino, tropezábamos el vaso o nos limpiábamos los morros con el dorso de la mano o una mancha nos caía encima... Y evocaba cómo en aquel infierno dos ángeles velaban por nosotros, mamá y tú.

—Recuerdo sus capones y a nuestra madre osando decirle: «Deja de darles, que les vas a atontar». —Lucía pareció abismarse en una infancia más lejana que los años que hacía que se había despedido de ella—. Entonces era mamá quien recibía un bofetón o un insulto o una

palabrota...

—Nosotros nos hacíamos preguntas, pero nunca recibimos respuesta: nuestros abuelos callaban, el tío enmudecía, la tía era taciturna de por sí, los primos ignoraban como nosotros qué había ocurrido en aquella época... Aunque al primo mayor un día se le escaparon unas palabras venenosas: *puta asesinada*. Hubo de pasar muchos años para que atara cabos. Con el tiempo busqué en una hemeroteca virtual y leí la noticia en un periódico.

Con este y otros diálogos en que me mantuve a la escucha (me lo había ganado ayudando a obrar el milagro), comprendí lo que hace tres décadas se le escapó ante Pepe, que habían sido cinco, que fueron tres y que se convirtió en una sola por arte de birlibirloque.

**Jueves 17-7-2014**

Víctor ha leído el informe pericial del accidente. Tiene un amigo reservista —¿o era un oficial de la Reserva?, bueno, da igual— que es como el agua, se mete por todos los sitios y se entera de todo, sabe qué teclas tocar y a quiénes preguntar. Croquis, huellas, fotografías... intuyo que han estado en su poder de extranjis. Supongo que si llegase a sus superiores se le caería el pelo.

Yo le he hecho un ademán y nos hemos alejado hacia la parte delantera. Me he metido en la barra como para servirle una nueva consumición y que los amigos de Jero no nos presten atención. Le pido verlo y me dice que es «*top secret*». Pero me va contando detalles decisivos y me promete que más tarde me lo enseñará.

El resto no lo sabe aún, intercambia informaciones, conjeturas, hipótesis a ocho voces, como un coro desordenado. A esta orquesta disonante le hace falta un director. Estoy por proponerme para el cargo.

Los agentes se personaron en aquella carretera del demonio unos minutos más tarde de lo sucedido. Dio aviso un coche que iba detrás, que dijo no poder quedarse a esperarlos porque llegaba tarde a una importantísima cita y cortó. ¿Ignoraría que la ley obliga a los testigos oculares a facilitar su identidad y permanecer en el lugar? Con todo, el teléfono de contacto se quedó grabado en la central de emergencias. Pero cuando quisieron acceder al titular, cuya identidad todas las compañías telefónicas están obligadas a facilitar a la policía o los juzgados, una falsa (apoyada tal vez en una ingente cuenta bancaria) lo mantenía en el anonimato. Así que fue imposible tomarle declaración. ¿No es inaudito?

Por lo menos se había molestado en avisar del accidente. Aunque les extrañó, no le dieron mayor importancia, ya que parecía un caso claro de muerte por negligencia del propio fallecido. El análisis de sangre daba un elevadísimo positivo en alcohol y en sustancias estupefacientes.

¡Qué gente más rara hay por el mundo! Si yo me hacía tantísimas preguntas, ¿Por qué ellos no? ¿No les pareció sospechoso que el único testigo se evaporase? ¿Quién va a una «importantísima cita» donde sea por un camino que no llega a ninguna parte, o como mucho al faro, o que te obliga a retroceder por donde has venido? Y, si salió de su casa poco antes de las diez y a las diez y media se produjo el accidente, ¿cómo le dio tiempo a tal ingesta de whisky? En principio se había pensado en una noche de juerga y resaca. Pero había dormido en su cama. Y la noche anterior, sobre las once, se comunicó con sus padres. Y antes estuvo *wasapeando* con sus amigos. Y después, chateando con su hermana...

Nuestro poli se despide hasta dentro de una hora.

Pero pasa un par.

Ya estaba a punto de marchar, aburrido y cansado, cuando regresa Víctor, que siempre me sorprende. Los ocho permanecen aún en el local. ¿Hoy se van a quedar a vivir aquí o qué? Trae una copia, la fotografía exactamente, del informe forense en colorines que le hicieron tras la rápida autopsia a las dos horas del levantamiento del cadáver. No sé si que su padre fuera médico y moviese algunos hilos lograría que se la realizasen el mismo día de su fallecimiento.

¿Cómo se ha hecho con él? ¿A título amistoso e informal? ¿O su interés le habrá hecho pedir autorización a un superior para que su intromisión sea permitida? ¿Cómo, con qué pretexto? No es legal conocer las diligencias practicadas por otro cuerpo de seguridad. ¿O se habrá entrometido sin permiso alguno, en caso de que no haya posibilidad de que se le autorice? No sé por qué me da la sensación de que se mueve como pez en el agua en una estrecha línea que bordea lo permitido y lo que no, la frontera entre lo prohibido y lo legítimo.

Lo hemos ido leyendo, con el móvil girado para que cupiera más y ampliando constantemente la imagen. Lo primero que he pensado es que ese informe era falsamente conclusivo. He mirado a Víctor y creo que piensa igual. De acuerdo, todas esas lesiones son compatibles con la muerte, algo evidente, pero ¿todas se produjeron durante la caída? Hay golpes que podrían deberse a una pelea previa.

Sus amigos dicen que prácticamente era abstemio y que no consumía drogas, era un tipo sano, madrugador y que poco trasnochaba. Tampoco es muy creíble pernoctar en casa y salir de ella tan perjudicado. Víctor ha confirmado que los vecinos no escucharon ruidos de ninguna fiesta nocturna. ¿Y el corte del pulmón derecho atribuido a alguna de las piedras con que se golpeó en la caída? ¿No pudo originarlo cualquier otro objeto punzante?

Cuando he mirado al policía, él tenía clavados sus ojos en mí.

—Fue un asesinato —he afirmado.

—No me cabe ninguna duda.

—Los golpes, mortales por sí solos sin alcohol ni droga, ¿no serían previos? Y el resto...

—...una refinada fórmula de eliminar o disimular pruebas de un homicidio —terminó mi frase —. Eso si no hubo intención de matar, sino que se sobrepasaron.

—Además, si la hora de la muerte se calcula hacia las diez treinta y salió en su moto a las nueve y cuarenta y cinco de casa, ¿cómo la tasa de alcohol podía ser tan alta? ¿Tuvo tiempo para ascender a tal? Parece que se lo hubieran inyectado, no que lo ingiriese.

—Dices bien. Una punzada se ve a la primera, pero ¿el pinchazo de una aguja, si no se busca *ex profeso*... hubiera pasado inadvertido con tal cantidad de golpes y laceraciones...? ¿O se produjo en una zona impensable, cerca del cuero cabelludo o las ingles...? El sábado he quedado para una imaginó que ilícita reconstrucción con unos amigos de la Guardia Civil de tráfico. Cuando se tiene buenos amigos, las rencillas y los problemas de competencias se solapan.

—Y ¿no hay alguna cámara que grabase algo? —No me ha respondido, pero para mí que ya

había contemplado dicha posibilidad.

Hemos vuelto hacia donde están los demás.

—¿Qué estáis tramando? —han preguntado Nuria y Luis al unísono.

Les hemos enseñado las conclusiones del atestado y de la autopsia. Víctor parecía incómodo. Tal vez piensa que nos hemos excedido en la propagación de algo por lo que, si se enteran, se le puede caer el pelo. ¿O no?

—Este informe ¿qué demuestra exactamente? —ha preguntado Mateo, al que los resultados le parecen de todo menos claros—, ¿que está muerto...?

—Para mí que hay muchos cabos sueltos —ha aventurado Lola, es decir, Claudia, girando sobre sus talones para irse al baño.

—Que lo asesinaron —musita cabizbajo Miguel. Ver a ese hombre con aspecto de neardental hundido en cavilaciones resulta gracioso si no fuera deprimente, no le pega la estampa.

—Pero... ¿cómo se enteraron? ¿Seguían a la chiquilla cuando salía a dar un voltio y se encontraba con Jero? ¿Los vieron un día por casualidad? ¿Ella se fue de la lengua...?

Miguel ha salido corriendo hacia el baño. A juzgar por el tiempo que ha tardado en regresar, ha tenido que vomitar hasta lo del día del bautizo. Cree que algo le ha hecho daño a la hora de la comida. La verdad es que tenía muy mala cara cuando se ha despedido para marchar a su casa.

Víctor anda revoloteando por la barra, supongo que algo quiere que no piensa compartir con los otros y acudo a hacer que le sirvo. Hoy está muy mustia la clientela. No sé si será el día plomizo y fresquito que no invita a pasear, pero entran pocos y los que entran se quedan un buen rato con una única consumición, con lo que me ocupan poco tiempo.

—¿Qué mosca te ha picado?

—A este paso, me vas a quitar el trabajo...

—Desembucha. Soy todo oídos.

—¿Sabes tú si alguno de los amigos fue con él al local después de que se conocieran?

—Ni idea. ¿Por...? ¿Temes que el enemigo esté en casa?

—No tanto enemigo como inconsciente.

**Jueves noche 17-7-2014**

Esta noche me temo que la voy a pasar en vela. Cuando llegan las doce y no se me cierran los ojos es que no se me van a cerrar en las próximas horas. Las informaciones de las últimas horas me tienen excitado e inquieto. No hago más que repasar mentalmente el informe. Era algo así:

Juzgado de instrucción XXXX

Procedimiento: JSM 236/14

**INFORME MÉDICO FORENSE**

Santander, 22-6-2014

En el día de hoy, el médico forense Daniel Pérez Segarra, en cumplimiento de los deberes de su cargo, jura actuar con neutralidad e independencia e informa de la investigación pericial, a petición del juez de guardia, y con motivo del fallecimiento de Jerónimo Saiz Mendizábal, de 28 años de edad, piel blanca, constitución atlética (1,80 de estatura y 75 kilos de peso), sin ninguna particularidad (no muestra tatuajes ni deformación alguna ni manchas de nacimiento; tampoco lleva pendientes ni ningún otro tipo de joya o bisutería). Ausencia de antecedentes patológicos graves, más allá de una neumonía hace 15 años. Porta ropas de sport (polo morado de algodón y vaquero, ambos de talla L, con abundantes manchas de tierra y vegetación, así como múltiples desgarros).

En el bolsillo trasero derecho se halla su cartera (DNI, 200 euros, tarjetas...), por lo que tras la identificación pertinente de sus familiares, estamos en condiciones de asegurar que se trata del joven antes dicho, y que no hay indicios de robo. Unos metros más allá se descubre su móvil, completamente destrozado, por lo que cabe la posibilidad de pensar que lo llevaba en la mano y, tal vez, estuviera usándolo.

Tuve que buscar no sé cuántas palabras que conocía sin ninguna precisión. ¿Todas esas contusiones se prueban como resultado de que se estrellase? ¿O podrían ser previas, quizá producto de una pelea?

Lo único que me ha quedado claro meridiano es que Jero quedó hecho papilla. Y que quien lo hizo se tomó muchas molestias, demasiadas. Estaba en juego algo más que que les robase una pieza, ¿una especie de venganza por haberse atrevido a intentarlo? Cuanto más lo pienso más se me revuelven las tripas. Lo habían triturado.

Tras proceder a su autopsia en el Instituto Anatómico Forense, verifica que sus múltiples lesiones y la gravedad de las mismas son compatibles con la muerte.

La inspección ocular del lugar en que es encontrado el cadáver, en postura decúbito prono, indica que debió precipitarse por el acantilado, con una pendiente de casi 90°, desde el mirador de la playa de Mataleñas, situada en Cueto, municipio de Santander, próxima a Cabo Menor, a la que se accede a través de la avenida al faro de Cabo Mayor.

El amasijo en que se ha convertido su moto, una BMW R 1200 GS, matrícula VVVVVVV, denota el brutal accidente. Un primer impacto de embestida oblicua, ¿intentó en el último momento enderezarla?, seguido de sucesivas embestidas perpendiculares por arrastre, plasmadas a lo largo de la zona central y posterior de su lado derecho sin solución de continuidad.

#### EXAMEN EXTERNO E INTERNO DE DICHO INDIVIDUO

En el **examen externo**, se aprecian leves fenómenos cadavéricos: livideces, enfriamiento, deshidratación, hipostasias, rigidez mínima, por lo que el fallecimiento se ha tenido que producir muy poco antes. Además, hallamos las siguientes lesiones (**análisis anatómico**):

1. Hematomas múltiples en antebrazos y muslos, posiblemente por arrastre durante una caída con giros.
2. Desgarros y tumefacciones a lo largo del tórax y extremidades causados por el rozamiento durante la caída con todo tipo de vegetación: zarzas, ramas...
3. Barbilla con laceraciones probablemente por idéntico motivo.
4. Equimosis de muchos centímetros de diámetro en forma circular y alargada. Una a la altura del coxis de morfología irregular, por probable caída rodando, y otra de similares características en la cara interna del muslo derecho cercano a la ingle con tumefacción de sus órganos reproductores. (¿Golpes *pre* o

*post mortem?*, me pregunto yo).

Tras el **examen orgánico y de imagen**, se aprecian diferentes **lesiones internas**:

1. Diversas fracturas en tres de sus miembros (piernas y brazo derecho) y en la columna vertebral (tres vértebras seccionadas y otras dos parcialmente rotas con desplazamiento de la médula espinal).
2. Fractura completa cervical, lo que lleva a que se desnucó.
3. Bazo roto.
4. Rotura de las falanges de la mano derecha y del pie izquierdo.
5. Pulmón derecho seccionado por elemento punzante como puede ser el pico de una piedra (aunque no se descarta otro elemento filoso).
6. Diferentes hemorragias con pérdida leve de masa cerebral y hendidura frontoparietal producto posiblemente del traumatismo craneal al caer por la pendiente y rebotar en las piedras, dado que el casco se rompió en un punto.
7. Traumatismo en el pecho que produce una tumefacción del corazón, rotura de la aorta y de varias costillas.
8. Hemorragia masiva derivada de lo anterior.

Las pruebas realizadas mediante **exámenes analíticos de sangre y orina**, señalan:

Presencia de tóxicos. Se comprueba un combinado de alcohol y opiáceos muy elevado: 25 g de whisky y 20 mg de heroína.

## RESULTADOS Y CONCLUSIONES

Tras la relación de exámenes practicados, se dictamina que el deceso probablemente se produjo como consecuencia de un fatal accidente a la altura de la playa de Mataleñas, al ser despedido de la moto talud abajo, rebasado el quitamiedos por exceso de velocidad y las dificultades de coordinación provocadas por la ingesta de alcohol y de drogas. Las altas dosis de estos productos podrían haber sido causa de un coma etílico y/o una

sobredosis con resultado mortal de no ser tratado en los siguientes minutos con naxolona y vitaminas B1-B6.

La hora de la muerte se data alrededor de las 10:30 de la mañana de hoy.

En conclusión, la hipótesis que se baraja es la de fallecimiento accidental por el brutal golpe que sufrió como consecuencia del exceso de velocidad y la pérdida de control del vehículo causada por la ingesta de sustancias tóxicas.

En Santander, doy fe de lo expresado a 22-6-2014

Firmado y sellado

**Viernes 18-7-2014**

A Manu le han dado el alta tras el reconocimiento matinal. Se va con cerca de cuarenta puntos de sutura desperdigados en tres o cuatro cicatrices por distintas partes de su cuerpo. Aún le sigue doliendo al respirar. Una astilla de una de las costillas rotas le perforó el pulmón. Si no se hubieran dado cuenta, se le podría haber llevado por delante un neumotórax, si es que no acabamos todos en el otro barrio.

Le han puesto tres días parches de morfina contra el dolor y una elevada dosis de antibióticos. Le iba a haber llamado para preguntarle, pero se me ha adelantado Luis y, como ya me ha dado el parte, he preferido dejarle descansar, que buena falta le hace.

Víctor se ha empeñado en resolver el caso y lo conseguirá. Hace unos días solicitó permiso para requerir las grabaciones de las zonas por donde Jero pudo pasar, por medio de un oficio que le facultaba para investigar otro delito. ¿Cómo los relacionó? Ni idea. No creo que cometiese ninguna clase de falsedad documental, es un tipo listo y honesto, aunque legalidad y moralidad no siempre van de la mano. Y poco convencido por el tiempo que ha transcurrido, se puso manos a la obra.

A petición de los padres de Jero, con los que también ha contactado para que sepan que se ha procedido de forma extraoficial a buscar indicios de criminalidad, se ha reabierto el caso. No, reabierto no, porque no se llegó a abrir. Se inicia una nueva investigación.

A media mañana ya se había hecho con las copias de las grabaciones de las pocas cámaras de vigilancia que no han borrado las imágenes de la fecha fatídica. Se ha circunscrito a las zonas de entre su casa y el Ayuntamiento. Las hay por todos los rincones. De un lugar a otro habría unas veinticinco o treinta según su inspección ocular. Desgraciadamente, solo ha conseguido las de nueve, el resto han sido borradas. Instalarlas está permitido por la ley de seguridad privada para «perimetrar» los accesos a una finca o establecimiento y, a veces, su cobertura es mayor de la que se necesita. Vigilar quién entra y sale afecta a la intimidad de los simples viandantes, pero aceptamos tener un gran hermano para evitar supuestos males mayores porque la seguridad ciudadana prima.

Será difícil recrear los sucesos con tan pocas imágenes. Ahora mismo las están visionando en comisaría él y unos colegas. Esta tarde me pondrá al tanto. Parece mentira que en ¿cuatro km? de distancia se restablezca el itinerario de una persona.

A mediodía, Víctor ha hablado con el trabajador del aparcamiento contiguo a la casa consistorial. Se hallaba en la cabina junto al cajero. Las pantallas de su ordenador están conectadas a los aparatos de videovigilancia del subterráneo. Según su calendario laboral había

sido precisamente él el que tuvo el turno de mañana en esa fecha. Pero no recordaba nada especial. Si acaso... Le pidió que le dejara hacer memoria. Que tenía que revisar sus notas diarias. Al parecer lleva una especie de diario de abordaje que completa en su casa.

Esta noche regresaremos juntos. Hemos tenido suerte, las imágenes tomadas se borran automáticamente en el periodo de tiempo establecido por el sistema, que es del máximo, ¡un mes!, aún llegamos a tiempo.

Ahora me explica cómo se condujo. Jero salió de su calle, Archivo de Simancas, y en lugar de tirar hacia Jiménez Díaz para girar por Perines e incorporarse a San Fernando, tomó por Camilo Alonso Vega. La primera imagen es la del banco de la esquina de la cuesta de Vázquez de Mella, perpendicular a la dirección de que venía, ante la que no se colocó a la izquierda sino a la derecha, de ahí las cábalas. Estuvo parado unos segundos en el semáforo, llevaba una mochila, imaginamos que con lo imprescindible para la huida.

A la altura de la rotonda de Cuatro caminos unas oficinas grabaron que tomaba por la calle Alta. La conjetura es que paró a comprar un detalle para la niña, unas flores quizá, en un kiosco que suele abrir incluso en domingo. Después recorrió la calle Vargas, según la grabación de un taller que ha puesto cámaras por los constantes actos de vandalismo que ha sufrido en los últimos meses (¿algún cliente descontento o macarras persistentes?), por lo que hubo de bajar por Alto de los leones. Sobrepasó el ambulatorio médico y los Ministerios y a la altura de una farmacia, que también tiene, paró unos minutos y compró algo. De ahí desembocaría en Numancia, porque siguió por Fernández de Isla, donde la trasera de la ONCE, a la altura de una fotocopistería, lo grabó en dirección Norte. Bajaría por la calle Marqués del Arco o su paralela Obispo Sánchez de Castro para incorporarse a Jesús de Monasterio.

¿Por qué no siguió por la calle Alta, bajó por la Rampa de Sotileza y tomó por la calle Cádiz para girar hacia Isabel II y de nuevo hacia el Ayuntamiento? No lo sabremos nunca, ¿le pareció más liso, no se le ocurrió, le gustaban menos esas calles...?

La cámara de unos grandes almacenes de ropa atestigua que a las nueve cincuenta y cuatro estaba en el semáforo de la avenida central con el intermitente derecho. Cogería por el Pasaje de Peña, suponemos que para tomar por calle Cádiz e Isabel II para dirigirse hacia el Mercado de La Esperanza y aparcar por allí, o bien meterse en el aparcamiento de Ayuntamiento.

Hasta ahí todo normal, salvo que... en el semáforo de antes de girar hacia el túnel que lleva a las Estaciones lo rodeaban un Seat a su izquierda, una furgoneta Mercedes detrás y otra moto a su derecha conducida por un hombre de hechura similar con ropas oscuras y casco negro. Sus matrículas no se reconocen. ¿Por qué estamos convencidos de que lo rodeaban con malas intenciones? Por su insistencia.

La penúltima imagen fue tomada en el semáforo junto al INSALUD, a trescientos metros del punto de encuentro. A esas horas poca gente caminaba por la calle. Los otros tres seguían a su lado.

Todos giraron en la misma dirección. Una farmacia en Becedos y la sede de un partido político en el entresuelo de una casa de Amos de Escalante (¿por qué una misma avenida tiene un nombre distinto para los dos lados de la calle?), ambos a la altura del aparcamiento, grabaron a los cuatro vehículos entrando allí mismo con una diferencia de segundos.

A las nueve nos encontramos con el señor del aparcamiento. En su casa, ha hojeado sus notas, le gusta escribir sus impresiones, como a mí. ¡Cuánto escritor de barrio tiene la clave de alguna historia que desconoce! Nos sugiere ir a algún sitio y sentarnos tranquilamente. Ha recordado algo. Se despidió de su compañero del turno vespertino y salimos.

—¿Nos tomamos algo en algún bar de por aquí?

—Cerquita está *El gato que ladra* —aprovecho para tirar para casa—, si le apetece vamos allí.

De acuerdo los tres, nos dirigimos hacia *El gato*. Estaremos tranquilos. Como mucho revoloteará un par de veces Pepe por donde nos sentemos, a ver qué queremos y por si consigue enterarse de algo. Tuve que contarle lo de nuestra incursión en el puticlub por el movimiento posterior que esta produjo, porque echaba en falta a la voz cantante y porque no acertaba a comprender la relación entre Víctor, el policía del grupo de Lucía y sus amigos del instituto del Cristóbal Colón, y aquella otra pandilla más joven golpeada por el fallecimiento en extrañas circunstancias de Jero.

Este señor, Joaquín se llama, es perspicaz y sus dotes de deducción son penetrantes. Aquella mañana notó que cuatro vehículos entraban seguidos. Había salido del habitáculo para ayudar a una señora a la que la máquina de pago no cobraba ni devolvía la tarjeta. Situado en la otra punta y de espaldas, un chirrido le hizo volverse y los vio. Lo recuerda porque le extrañó que irrumpiesen dos motos. La furgoneta y el coche entraban dentro de lo previsible. Tomaron la misma dirección los cuatro y bajaron hacia la planta -1, aunque había sitio de sobra en la 0. Cuando regresó a su sitio miró las pantallas del ordenador y vio aparcar al coche y a una de las motos, la otra subió de nuevo a la planta 0. También la furgoneta. Luego se dirigieron hacia el fondo y cree que aparcaron allí, pero le interrumpió un señor para pedir cambio y por esa zona ninguna cámara emitía.

¿A qué hora salieron? ¿Y cómo? No tuvieron por qué salir de allí al tiempo. Quizá el motero condujo la de Jero y dejó aparcada la suya hasta más tarde.

Entrevió a los del piso de abajo dirigiéndose hacia el acceso peatonal, curiosamente el de la moto aún no se había quitado el casco. Unos minutos más tarde, le pareció que salían la misma furgoneta y la moto de arriba, recordaba.

Por si hubieran pagado con tarjeta, rastrearían los apuntes contables, aunque es más probable que lo hicieran con monedas. ¿Se percibiría en la autopsia si estuvo expuesto a cloroformo o a alguna sustancia anestésica? Y si le atacaron con una taser, ¿se notaría?

—¿Los del piso de abajo salieron a la calle, o subieron a la planta en que estaban los otros?

—No sé, como les digo, parece que se hubieran puesto todos de acuerdo a esas horas. Los dos moteros llevaban ropas oscuras y casco negro. Y al interrumpirme el señor del cambio me despisté. Sé que en la furgoneta iban dos hombres, la salida está cerca de la cabina, aunque cuando la vi entrar me dio la sensación de que solo había un ocupante.

—¿Y nadie más en ella?

—Era grande y de esas sin ventanillas traseras, de tipo comercial o de obras pero elegante...

No lo puedo saber.

—¿Llevaba algún tipo de leyenda, publicidad o logo?

—No, era sobria, oscura y sin nada escrito.

—¿Y el de la moto salió seguido?

—Sí, sí, de eso estoy seguro.

Recuerda que pensó que se habían confundido, porque entrar para salir... No le había dado más importancia hasta que le preguntamos.

—¿Escuchó algún ruido que viniera de donde aparcaron esos dos?

—No. Aunque entre las interrupciones y que aquel día andaba yo soñoliento porque la noche anterior mi mujer y yo nos dimos un homenaje, una buena cena y los postres correspondientes, ya me entienden... ¿Pero a qué se debe tanto interés?

—¿Cuántos minutos cree que pasaron desde que supuestamente aparcaron hasta que desaparecieron esos dos? —le interrogó Víctor que a estas alturas, aunque le había enseñado la placa, no le había contado *nothing de nothing*.

—Desde luego no tardaron ni cinco minutos. No pagarían ni treinta céntimos. Se pararon mal, al lado de la máquina de cobro más alejada, no molestaban a nadie y se ahorran el paseo.

—¿Qué hacen con los tiques? En ellos se graban las matrículas, ¿no?

—Huy, esos van a la basura diariamente, si no nos juntamos con una tonelada.

—¿Cree que el que entró sobre la moto de arriba fue el mismo que se fue en ella?

—Ni idea. Podría ser el mismo o el otro. Tampoco los vi de cerca y el atuendo era muy similar. Aunque al entrar, ahora que lo pregunta... el de arriba me dio la sensación de más esbelto.

Por más que intentamos expresar su memoria, la suerte no nos acompañó y no nos enteramos de ninguna información más.

**Sábado 19-7-2014**

Estoy nervioso. Z no viene ni llama desde el quince.

Se habrán enterado de que no solo estuvo Manu allí con el mismo propósito. Mi actuación con Z, si estaban vigilando, fue muy convincente. Y la de Víctor. La de Luis no lo tengo tan claro. A quién se le ocurre no hacer nada ni deshacer la cama. Además, fue el que acudió como amigo del preguntón al que golpearon...

Víctor ha quedado a las ocho de la mañana para la reconstrucción del «accidente» sin prejuicios y sin mirones. Ha tenido que detallar todo lo que sabe a sus amigos de atestados.

En cuanto ha venido me ha contado su conversación llena de conjeturas y dudas. Las rodadas del frenazo y el giro que tomaron muestran exceso de velocidad y una dirección decidida hacia el precipicio. En el último momento se endereza, lo que tuvo que provocar que Jero saliera despedido por encima de la moto, mientras esta golpeaba con las barras antes de precipitarse también por el terraplén unos metros más allá. Lástima que esa barandilla de metal que defiende a los curiosos que observan la playa de abalanzarse contra el suelo, a... ¿cuántos?, ¿cien o doscientos metros de desnivel?, no obrara su cometido. Ese precioso paisaje descansa la vista, ¿pero también el alma de Jero?

—Tal vez el muchacho estaba ya muerto y lo lanzaron con fuerza después...

—La fuerza de la caída sería menor. No es lo mismo lanzar un cadáver o a alguien desmayado a que el difunto salte por los aires a una velocidad de 100 km/h.

—¿Y si arrastraban su moto para despeñarla y simular un accidente?

—¿Pero cómo quitaron el cable con que la arrastraban?

—La moto se pudo dejar caer algo más tarde para desatarlo, después de enderezar el coche al que se atase...

—No sé yo. Tendrían que ser unos especialistas, si no querían precipitarse todos... Además, pasaría como antes, la fuerza de la caída sería completamente distinta.

—¿Y si la conducía el otro? Quizá lo llevaba delante, inconsciente...

—¿Y el que pilotaba se tiró como un doble en el cine? ¿Tú te atreverías a hacer algo así? Hay que ser muy hábil.

—Si fuera muy diestro en revolcones e impactos, ¿por qué no?

La teoría del experto, como los dobles de las películas en las escenas peligrosas, cobra fuerza. La moto seguiría rodando sin conductor y acabó cayendo un par de metros más allá por propia

inercia.

Todas estas evidencias y la insistencia de sus padres han llevado a la Jefatura de Policía y al Ministerio Fiscal a reabrir el caso. ¡Qué terco! ¡Apertura, por fin!

Nuria y los demás van a ir a ver a sus padres. No habían querido crearles falsas esperanzas, aunque tanto en el funeral como algún otro día que los habían visitado, todos insistían en que era imposible que Jero estuviera hasta las patas de alcohol y drogas. Sus amigos aseguran que nunca coqueteó con ellas y que no bebía más de dos cañas. Su hijo nunca lo hacía. Era muy responsable. Un verdadero buen hijo... Supongo que su opinión no resulta creíble. Solo son imparciales las pruebas científicas.

Les molesta que la gente que lo conocía poco pensase que tenía esas malas costumbres. Los de su asesoría, por ejemplo, en la que apenas llevaba un año, lo admitieron pronto. Las pruebas dictaminan. A un compañero suyo al que una vez le vieron hacerle ojitos, casado con un oficial del Instituto forense, este le había resumido la necropsia al saber que trabajaban juntos. La ley obliga a la discreción, pero el corazón apremia. Lo sabemos por una conversación que Claudia, Adriana y Nuria (¿advertirá que la observo?) mantuvieron con él cuando se lo encontraron una semana más tarde.

—Qué pena de chico, con lo majo que era.

—Pues sí.

—¿Pero cómo se le ocurriría mezclar todo eso? ¡Menudo cóctel Molotov! —y aventuró—, ¿por mal de amores?

—Eso es mentira. ¿Tú cómo te has enterado?

—Bueno, se dice, se comenta...

—Ya. El cotilla de tu maridito que no tiene mejor cosa que hacer que ponerte al tanto de las investigaciones que ni le van ni le vienen...

Descubrir qué le habían hecho le devolvería la fama que nunca debió perder. Era una deuda contraída por los años de amistad.

Víctor, tan competente, nos lee el pensamiento y se ha adelantado. Ha pedido una orden de exhumación del cadáver para verificar algunas cosas que quedaron en el aire. Nosotros siempre vamos en cortas con respecto a él.

Quizá porque no se esperaban este desenlace, quizá porque en el fondo creían que alguien demostraría la verdad, quizá porque con ellos no había hablado del tema o no lo recordaban, sus padres lo habían enterrado en el cementerio de Ciriego, en el nicho de la abuela materna, sin tener en cuenta los deseos del finado.

Según sus amigos, él no querría estar encerrado sino libre, que lo incinerasen y esparciesen sus cenizas por los sitios en que había sido feliz. Ni que se barruntase algo. Aunque cuando uno es joven, no teme pensar en cómo le gustaría su propio entierro. Se acordaban porque ellos sostenían que ya no se podía deshacer uno de las cenizas en cualquier lado, ni siquiera si las urnas

funerarias eran de esas biodegradables, «biodesagradables», me dijeron que las llamaban. Y porque Gaby, que es don calores, bromeó con que prefería el fresquito de un nicho que el bochorno de una cremación.

**Domingo 20-7-2014**

Helena está que trina. Dice que el caso me tiene absorbido el seso y que hace un mes que no hacemos nada de nada. Se aburre. Y la verdad es que a mí no me importa. Empiezo a sentirme atado, y ¿si cortásemos?

—Igual tienes que dejar el bar y meterte a trabajar en el despacho de un detective privado —me ha reprochado—. ¿No crees que te estás pasando?

—A ti qué más te da. Es una forma de entretenerme el día.

—Pues no me da igual. ¿Hace cuánto que no vamos a un cine? ¿A qué horas vienes a casa? ¿Y cómo? Siempre cansado. Yo también trabajo, ¿sabes? Pero vengo a horas prudenciales en que aún podamos hacer algo juntos.

—¡No me vuelvas loco! Ahora no.

Creí que ella se iba a emocionar como yo con el caso del comando funeral, pero no ha sido para tanto. Al principio sí se involucró, ya no. ¿Desconfía de que estemos ante un asesinato de verdad o se ha cansado de mis pequeños desplantes? ¿Sospechará que Boyka y yo...? ¿Me habré desenamorando?

Parece que el lunes tendremos el permiso de exhumación y se procederá inmediatamente a ella. Así no se corrompen posibles pruebas inadvertidas. La segunda autopsia la realiza una tal Ana Pozo Amenábar. Víctor dice que es una crack, que no se la escapa una. Ojalá vea más claro lo que el otro vio opaco.

Hacer pasar por una exhumación a unos padres debería estar prohibido, de no haber un cien por cien de garantías de que se va a conseguir descubrir algo que se pasó por alto. Si Dios quiere, este será el caso.

**Lunes 21-7-2014**

Hoy Víctor va a proceder a un registro rutinario de la vivienda de Jero. Enseñará la placa, pero lo hace por su cuenta y riesgo, por no eludir nada, aunque opina que no aportará datos relevantes. Su familia aún no se ha llevado todas sus pertenencias. El piso en que vivía de alquiler en la calle Simancas tres estará semivacío. Que la crónica del suceso se decantara por el accidente y que no fuera en su residencia donde se produjo la habían mantenido al margen. Pero por si acaso...

Este infortunio me ha hecho valorar más si cabe a Víctor. Me quedo corto si digo que le admiro. Y no me disgusta, dicho sea de paso, que él se asombre de mis «pesquisas» y ensalce alguna de mis habilidades. Con los nueve también he entablado una relación especial, ¿de amistad, de necesidad mutua...? Creo que les serví en un principio de desahogo, pero ahora me estiman de verdad de la buena. Claro que con algunos tengo más trato y confianza que con otros. Me encanta hacer nuevos amigos. Lástima que haya tenido que ser por este motivo.

A la hora de comer recaló el poli por el local y nos tomamos algo juntos.

—Se le veía apesadumbrado al propietario. Apreciaba a su inquilino. Jero, en opinión del dueño, no podía ser mejor. Intachable. No armaba jolgorios, era amable con los vecinos, pagaba a rajatabla el uno de cada mes...

—Te contó algo que pudiera servirnos...

—Lo tenía todo en orden, ni siquiera cacharros en la pila. La ropa en los cajones, lo sucio en el cesto de la ropa para lavar...

—Un dechado de virtudes, vamos, ¿cómo no tendría novia? Porque siendo así les gustaría a todas. Y muy escogido no resultó ser.

—O sí, le iba esto de cooperar con la gente y ayudar a los necesitados. He investigado y era de los que se iba de vacaciones a construir escuelas, colaboraba con algunas ONGs, y el verano pasado, por ejemplo, ayudó a los inmigrantes ilegales a bordo del Open Arms. Le pegaba más haber estudiado Educador Social que Graduado Social, aunque las dos carreras se apelliden igual.

—Pues qué pena de chaval, hace falta mucha gente así. —Cambíe de tema—. ¿Qué tal Lucía con sus hermanos?

—Estupendamente. Están recuperando el tiempo perdido a marchas forzadas.

Casi no había vuelto por aquí desde el día de la cita sorpresa, pero sabía por Juan Carlos, Bea y Mario que los tres se habían visitado sus respectivas casas y no perdían un minuto para relatarse cuanto habían vivido unos y otra mientras estuvieron separados. Pero Víctor volvió a lo que le reconcomía:

—¿No te parece extraño que supieran cuándo y dónde se iban a encontrar?

—¿Qué es lo que tienes en la cabeza? ¿Que el enemigo está dentro? —me adelanté para sonsacarlo.

—No diría tanto enemigo como... incauto o gilipollas o bocazas. No sé por qué decantarme.

—¿Por qué creo que barajas un nombre?

—¿Viste el otro día... —dilató la posibilidad—... Miguel...?

—¿Qué? ¿Cuándo? No caigo.

—La tarde en que vomitó porque algo supuestamente le había caído mal...

—Ah, sí. ¿Y qué tiene que ver eso?

—Para mí que fue consciente de una metedura de pata.

—¡Hombre! Eso son suposiciones.

—¿No has oído hablar del olfato policial?

—Me parece precipitado. Tendrás que cerciorarte.

—No dudes que lo haré.

**Martes 22-7-2014**

Hoy ha aparecido Z por *El gato*. He visto llegar a través del cristal una ola aguamarina y el corazón se me desbocaba. Sus ojos surfean sobre la espuma de su ropa blanca. En cuanto se ha sentado en la uno, no he tardado un segundo en acudir.

No ha estado muy dicharachera cuando la he servido. Pero al ir a pagar he visto que sacaba una nota que dejaba junto al billete para que me cobrase. Nada más irse la he leído. Y me ha emocionado. Habrá tenido que pedir ayuda a alguna compañera de habla española (¿confiarán unas en otras hasta ese punto?, ¿al menos en alguna?) o buscar en el traductor, porque salvo un error está, si no perfectamente escrita, al menos sí decente:

*No sé si volveré a verte en mi lugar de trabajo. Tampoco sé si me desprecias por lo que me dedicaba. De lo que soy segura es que nunca nadie me ha tratado con respeto igual desde que estoy en tu país. Jamás pensé en que venir aquí para mejorar mi vida y la de mi familia me llevase a ser una mujer explotada. Al principio el asco podía contra el miedo. Luego el miedo pudo al asco. Después el tiempo fue pasando y dejé de sentir nada. Me acostumbré como animalillo al que dan comida y vivienda. No pasaba frío ni hambre. En Ucrania, sí. Tú has hecho despertar en mí rebeldía para salir de este mundo. No sé cómo ni cuándo, pero siempre te agradeceré.*

*Con cariño, Boyka Svetlana*

La exhumación se produjo ayer, nada más recibir el permiso, y en breve tiempo tendremos los resultados de la segunda autopsia.

Manu no ha podido reconocer a quienes le dieron la «advertencia». Le atacaron por la espalda y de improviso, varios, ni siquiera está seguro de si dos, tres o cuatro. Con defenderse como pudo y acorazar su cabeza y su torso, luego, entre su propio cuerpo hecho un ovillo, cuando una vez tirado en el suelo siguieron pegándole patadas, tuvo bastante. Pero todos sabemos quiénes los mandaron.

**Jueves 24-7-2014**

Víctor está hablando al fondo con Miguel, que está llorando, y no porque el otro le recrimine algo, no da esa impresión. Sugiere más bien que la causa de su dolor la lleva a cuentas desde hace días él solito. Y que está buscando y no encuentra justificaciones para sentirse mejor. Cuando me pidió a mí el otro día su teléfono para entrevistarse con él a solas, sin el resto del comando, supe que nuestro poli estaba en lo cierto.

Cuando esta mañana Víctor me ha dicho que Miguel lo había llamado, ya intuíamos ambos qué le quería confesar. Seguro que no fue consciente de su metedura de pata el día que se fue de la lengua. Pero no es tonto y, atando cabos, también es seguro que se siente culpable.

He hecho tiempo de mesa en mesa y tiro porque me toca. Quería saber los detalles. Gracias que no estamos sujetos al secreto de confesión. Por momentos me daba verdadera pena. Ver a un tipo no grande pero sí fornido, ancho, hipando como un crío, no es agradable salvo que te caiga mal, que no es el caso.

A eso de la una se han despedido a la puerta. Víctor le ha dado una palmada en el hombro y Miguel le ha abrazado. Si hubiera llevado rímel, los chorretes le habrían llenado de surcos la cara. De mí ni se ha despedido. Yo he hecho como que no me percataba de nada. Luego cada uno ha tomado en dirección contraria. ¡Me cagüen! Creía que regresaría para contármelo todo, pero ha preferido dejarme con la miel en los labios.

Esta noche no he podido aguantarme. He llamado a Víctor y le he pedido que me cuente. Miguel le ha confesado que el día de la despedida de solteros cada uno hizo migas con una chica. Jero, para auxiliarla y Miguel, porque le cayó en gracia la suya. La semana siguiente repitió y empezó a visitarla con cierta periodicidad sin que los amigos lo supieran. No había sido a mala fe ni nada por el estilo. Simplemente ocurrió. Un día charlaron y salió la conversación.

—A tu amigo y a Eliasen se les ve muy requetebién juntitos.

—Sí, se han hecho amigos y de vez en cuando quedan.

—Ah, ¿sí? Yo le había vuelto a ver por aquí, pero no sabía que también quedaban fuera...

—No creo que sus intenciones sean beneficiársela. No es de esos. Creo que más bien busca su redención.

—Al final va a tener suerte la niña. Mi caballero andante no busca la mía, ¿no? —le recriminó.

A partir de lo ocurrido, podemos suponer que ella se lo contó a sus jefes, quizá para ganarse alguna prebenda o para congraciarse con ellos. Y que ellos, se lo pagaran o no a esta de alguna manera, se lo acabaron cobrando a aquella y a nuestro amigo. Y digo «nuestro» porque lo conozco

ya como si lo hubiera sido en vida. De hecho, me hubiera gustado tenerlo por tal.

**Viernes 25-7-2014**

El resultado de la nueva autopsia no deja lugar a dudas. Jero fue asesinado. La cronología de los golpes no es totalmente clara. No se puede saber con total precisión, dado que entre el secuestro y el modo en que lo despeñaron apenas transcurrieron treinta minutos. Pero la extravasación y degradación de la sangre acumulada, así como su nivel de creatinina, podrían indicar cierta anterioridad de unas contusiones frente a otras. Incluso hay algún golpe que no concuerda con los que se producirían en una caída a plomo de esas características. En cualquier caso, han encontrado pruebas en que antes no habían reparado.

Sé que he obrado mal, no porque fuera un admirador no demasiado secreto de Z, Nuria y otras, sino porque le he hecho creer a Helena que sería el compañero ideal. Ser mi pareja debe de dejar un regusto agridulce. Cuando estoy cariñoso y extravertido, podemos llegar a tocar nuestro particular cielo. Cuando me da el ataque de introversión y escepticismo, el infierno está a tiro de piedra de nuestra cama. Me sucede desde mis tiempos mozos, soy tan variable como una veleta, pincho como un erizo o soy blando como un peluche, depende de la hora, de las vivencias del día... Ella opina que es imposible prever mis reacciones ni el humor con que me levantaré o me acostaré.

Cuando se ha enterado de que asesinaron a Jero y de que estuvimos en peligro en nuestra incursión al burdel que han desmantelado, se ha asustado. Y ha querido quedar. Yo le he dado largas. Pero ha insistido.

—No aceptaré un no por respuesta.

—Si es que estoy muy ocupado. Ya hablaremos.

—Me lo debes.

Y no he aguantado que me pusiera los puntos sobre las íes ni me cantara las cuarenta.

—No me irás a armar una escenita de las tuyas —Al fin y al cabo, ¿por qué tengo que andar con explicaciones?, ¿qué soy de ella?

—¿Cuándo te he armado una escena? Serás ruin...

—Mejor que lo dejemos —he detenido la conversación en seco.

Pepe no nos quitaba ojo desde la barra, Helena ha comenzado a sollozar, y yo me he levantado a recoger el servicio sucio de la mesa de al lado.

Soy cobarde y ruin, tiene razón, ha llegado el momento de replegar velas. Cejas y vientre, distancia y calor humanos. Cae el telón de los párpados, y el vientre es la covacha en que anidé en la infancia para abandonarlo un día. No quiero ataduras.

**Sábado 26-7-2014**

Ahora tengo una novia menos, o más, según se mire, una muesca nueva en mi cómputo de amores y desamores. Tampoco es fácil de contabilizar si pierdes o ganas a un ser querido (para muestra mi madre, que al menos tuvo que permanecer doce meses en el limbo de los heridos). Y no es lo mismo pasar a la historia que a mejor vida. Pero tengo dos buenas y nuevas pandillas con las que me siento como en casa cuando estoy en mi segunda casa, *El gato*, y con las que a veces quedo, como adquisición tardía, fuera del local.

Pepe y Amalia se han entristecido con mi decisión de cortar con Helena. Discrepan de que nuestra relación no fuera a ninguna parte. Se habían encariñado con ella. Quizá sea yo el que detesta fondear en paraje alguno aunque no me mueva. Sin embargo, se han alegrado de que, por fin, haya terminado «nuestra investigación policial». Él la había puesto al corriente de mis andanzas.

—Si llego a saber que contrataría a un detective y no a un camarero, me lo hubiera pensado mejor.

—¿Por qué?

—A menudo, traen problemas...

Parece mentira. La intensidad no está reñida con la duración. ¿Quién se podría creer que en poco más de un mes viviríamos tanto? No me quito de la cabeza que para ello hubiera de fallecer un camarada con el que no me codeé y al que siento como un íntimo. Hubiéramos hecho buenas migas él y yo. Siempre se van los mejores.

## Epílogo (cinco días después)

Los hechos se han sucedido precipitadamente. Tras el nuevo informe forense, los policías envueltos en la resolución del caso han procedido a la detención de forma conjunta. Han detenido a diez personas. Cinco en *Sueño azul* y otras cinco por sus relaciones con estas en el exterior. Aunque a tres los han soltado con cargos y bajo fianza; los otros, tras su declaración, han sido enviados a prisión, y cinco de ellos incomunicada.

Están acusados de abuso de poder, robo de pasaportes, retención ilegal, tráfico y venta de drogas, posesión de armas, trata de blanca —que ahora se designa con un calificativo mucho más extenso, el de trata de seres humanos con fines de explotación— y hasta de pedofilia.

Han hallado pornografía infantil encriptada en el ordenador del jefe de esta mafia o capo o cabecilla o como coño se le tenga que llamar... Les han interceptado un montón de grabaciones en memorias USBs con relaciones mantenidas por ciertos clientes de alto *standing* a los que parece que extorsionaban. Interesan diversos contactos que se les han encontrado y los archivos con cuentas. Hay mucho material que estudiar.

Víctor se merece una condecoración por persistente y atinado. Y una reprimenda por su injerencia en asuntos de otros cuerpos y agentes, y por saltarse todos los protocolos. Asuntos Internos dirimirá en qué queda, si en suspensión, apretón de manos u honores.

La prensa se ha hecho eco del caso y le está recompensando con entrevistas a las que se niega a acudir y publicidad de su buen hacer. La gente, mucha gente, le está agradecida por ser el artífice de una macrooperación que ha expulsado de nuestras calles de ciudad provinciana a un grupo delictivo con tentáculos en tales crímenes.

Las condiciones en que las tenían en el dichoso *Sueño azul* dejaban mucho que desear. Sin seguridad social ni derecho a salir cuando, donde y con quien quisieran, veían crecer el débito contraído con sus captores porque, sin derecho a alquilar un piso compartido, se les obligaba a vivir en una habitación birriosa a precio de hotel de cinco estrellas.

Una vez liberadas, se les ha conducido al hospital Valdecilla para que examinen su estado. No todas han demostrado estar sanas en dicha revisión médica. En algunas se han detectado fracturas mal curadas, por malos tratos no denunciados probablemente, y enfermedades de transmisión sexual. Destaca la sífilis, de la que hay un repunte en la actualidad. Entre ellas se ha certificado que la padecen cuatro.

A mi Boyka querida se le va a «premiar» con un permiso de trabajo por seis meses y paro, para que pueda salir adelante una temporada, para ello hemos tenido que exagerar su papel en la resolución.

La niña ha sido llevada a una casa de acogida de los Servicios Sociales, quienes la tutelarán hasta su mayoría de edad, habiendo sido imposible dar con el paradero de sus padres, y le han prometido que la ayudarán a buscar a su hermana con respaldo de la policía.

Los amigos de Jero refrescaron a sus padres los deseos del muerto y ellos han optado por cumplirlos. Pidieron permiso y les han dejado que tiren sus cenizas en alta mar. Hemos asistido todos, incluidos Víctor y yo. Miguel no quería, tiene la moral por los suelos, pero le hemos convencido para que fuera, para que no sume otro motivo a sus sentimientos de culpa. Sus padres ignoro si están al tanto de su infeliz contribución. Si lo saben no le reprochan nada, como tampoco nosotros, ¿quién le iba a decir a él lo que indirectamente provocaría?

Lucía ha recuperado el tiempo perdido con Lucas y Román, que se han integrado a la perfección en su pandilla, con quienes disfrutaban los fines de semana, cuando regresan a esta ciudad. A ella se la ve espléndida, y va a volver a tocar el piano en los conciertos para los que la contraten, aunque tenga que partir de cero. Y, a la par, intentará llevar adelante su idea de levantar en el pueblo de sus abuelos maternos una casita rural donde estuvo ubicada la vivienda, que se ha derrumbado. De sus pedazos, como el ave fénix, quiere hacer resurgir una morada digna de la que disfrutaban algunos turistas de interior. Sus ancestros estarían orgullosos de ella. Con la confianza, me ha contado cuanto vivió durante su infancia y su matrimonio. Se ha sobrepuesto a su sufrimiento y se obstina en lograr sus objetivos. ¡Nunca es tarde si la dicha es buena, y a porfiada pocos la ganan!

Nuria viene más asiduamente por *El gato* que el resto del comando. Luis sigue sin ganar peso, pero ha ganado envidia. Manu está totalmente recuperado y alardea de su encontronazo con los «malos» como si él solo hubiera destapado el entramado delictivo de la trata de blanca. Mateo ha venido mucho últimamente por aquí con una jovencita de buen ver que nunca antes había llevado al local. Gaby sigue sin abrirse del todo y dependiente de lo que los otros opinan. Victoria ya no se mordisquea los labios compulsiva, pero mantiene el gesto de morderse el labio inferior. Claudia mantiene esa alegría de vivir que solo sucesos como el del asesinato de Jero velaron por un tiempo; ahora se desliza cual bailarina de claqué por entre las mesas cuando viene, y sus vaporosas faldas revolotean como pájaros aturdidos entre el bullicio. Adriana se ha hecho las uñas permanentes en un nuevo intento de conseguir dejárselas crecer. Miguel apenas viene por aquí, creo que está en tratamiento psiquiátrico, se siente muy culpable, aunque sus amigos no le hacen ver que todo hubiera podido ser de otra forma si él hubiera mantenido el pico cerrado junto a la bragueta.

## AGRADECIMIENTOS

Cuando esta novela era poco más que un proyecto, acudí a la Comandancia de la Guardia Civil de Burgos y Alejandro Hernández (Teniente Jefe del Grupo de Información) y Gonzalo Soto (Sargento de la Unidad Orgánica de Policía Judicial) me explicaron todo lo que necesitaba saber para documentarme con total generosidad, sin escatimar tiempo. Les agradezco de corazón sus respuestas claras y exhaustivas y su predisposición para ayudarme. Deseo mencionar también a los primeros que asalté con preguntas y dudas: Jesús Rodríguez García y Luis de Miguel Ortega.

En una segunda fase, varias personas leyeron el manuscrito y secundaron su presentación en sociedad, pero quiero destacar a tres: Begoña Terán, Belén Ruiz y Maena Barba. El orden es producto de la linealidad del lenguaje, que se despliega en tiempo y en espacio. Su lectura atenta y su apoyo moral fueron aproximadamente simultáneos.

Y a los que se me hayan quedado en el tintero —siempre hay pequeños detalles que te animan o te empujan a seguir, se den o no valor en el momento— espero poder agradecerélos en próximas novelas.